LOS HOMBRES de la historia

80

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Atila

Mario Bussagli

Centro Editor de
América Latina



Es difícil hallar en la historia humana una personalidad más ambigua, un protagonista más famoso y más discutido que Atila, llamado "azote de Dios". Creador de un imperio colosal a cuya fuerza expansiva se agregaba el terror instintivo que sus hombres suscitaban en el adversario, la ferocidad implacable de sus ataques, la destrucción sistemática elevada a sistema de dominio, Atila es el mayor protagonista de la violentísima crisis que trastorna, en el siglo V, toda la cuenca del Mediterráneo y gran parte de Europa.
En líneas generales, él fue el intérprete de las exigencias que se manifestaron en el ámbito de una sociedad en rapidísima evolución; pero esta evolución, como siempre ocurre con las masas nómades, no nace de un impulso interno, sino que es reflexiva y para guiarla hacía falta evidentemente una personalidad de primerísimo plano, capaz de dominar una cantidad de pueblos como los que formaban el imperio de los hunos. En este sentido, es innegable que Atila fue verdaderamente un personaje excepcional en el ámbito de toda la historia euroasiática.
Sin embargo, definir con exactitud los caracteres salientes de esta extraña personalidad no es cosa fácil. No fue lo que podría llamarse un genio militar y en cuanto a política exterior le faltó una visión amplia y precisa; pudo haberse convertido en el campeón de una justicia distinta y de un orden nuevo, atrayendo a todos los rebeldes y descontentos con el ordenamiento romano, pero no eligió esta posibilidad.
Aun favoreciendo y acelerando la evolución de un mundo, permaneció aferrado a la mentalidad de los nómades de la estepa, aunque tenía plena conciencia de una vida asociada, diversa y más rica como lo era la de los dos imperios romanos. Atila sólo puede ser comprendido si se tiene en cuenta las experiencias históricas que caracterizaron a los otros grandes soberanos nómades, y es en esta comparación donde surgen la grandeza de su figura por la rapidez con que tomó conciencia del valor constructivo de las civilizaciones sedentarias.
A su modo, él representa la voluntad huna de introducirse en un mundo civilizado sin renunciar a los propios valores tradicionales. Y es justamente por su posición de admirador entusiasta del mundo romano y, al mismo tiempo, de enemigo implacable, que fue celebrado en las leyendas germánicas como el campeón del mundo bárbaro contra la decadente civilización romana de la que, tal vez, los hunos habrían podido ser magníficos continuadores.
Murió de improviso en el año 453, durante la noche siguiente a la celebración de sus nupcias.

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán.
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico.

80. Atila La civilización romana
Este es el segundo fascículo del tomo La civilización romana.
La lámina de la tapa pertenece a la sección La civilización romana, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 80:
Alinari: p. 45 (1); p. 49 (1,2); pp. 52-53 (2,3).
Arborio Mella: p. 31 (1,2); p. 35 (1,2); p. 38 (1,2); pp. 46-47 (1,2,3).
Brogi: p. 52 (1).
Novosti: p. 33 (1,2,3).
Scala: pp. 42-43 (1); p. 50 (1).

Traducción de Antonio Bonanno

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en diciembre de 1969.

Atila

Mario Bussagli

376
Los ostrogodos pasan el Danubio y se encuentran en Marcianópolis con el ejército romano; detrás de ellos puja la masa amenazante y combativa de los pueblos hunos, que destruyeron el reino godo de Hermanrico y antes sometieron sobre el Don occidental a los alanos.

378
Batalla de Adrianópolis; los godos baten a los romanos con la ayuda de los mercenarios hunos.

395
Los hunos invaden el Imperio de Oriente.

400
Los hunos están sobre el Elba.

405
Los hunos del rey Uldin están junto a Estilicón en la batalla de Fiésole contra los germanos de Radagais.

408
Uldin es expulsado hasta más allá del Danubio.

405-25
Los hunos heftalitas ocupan Bactriana y Sogdiana.

427
Los heftalitas invaden Persia hasta Teherán. Rechazados en Bahram Gur, sufren una tremenda derrota.

432
La confederación de las tribus hunas guiadas por Rúa obtiene de Esio, generalísimo romano de Occidente, la provincia húngara a cambio del apoyo contra el rival Bonifacio.

434
Los hunos de Rúa solicitan a Constantinopla la restitución de los grupos hunos presentes en el imperio.
Muere Rúa. Lo suceden Bleda y Atila.
Tratado de Margo con el Imperio de Oriente para la restitución de todos los hunos.

435-39
Los hunos de Atila combaten en Escitia, llegando por el mar hasta la Rusia europea y por el norte hasta el Báltico y sus islas.

436-451
Entre estas fechas está comprendido, según las fuentes chinas, el movimiento de los hunos cidaritas, muy civilizados, en las regiones entre Bactriana y la India noroccidental.

439
Los vándalos de Genserico ocupan Cartago y amenazan Egipto.

440
Sacrilegio del obispo de Margo: se desencadena la guerra huna contra el imperio. Caen sucesivamente Viminacio, Margo, Singiduno, Sirnio.

442
Nueva ofensiva victoriosa de los hunos de Atila contra los generales Aspar, Areobindo y Arnegisclo, bárbaros al servicio de Bizancio. Resiste a los hunos Asemos, defendida por los ciudadanos.

443
Paz de Anatolio con el Imperio de Oriente.

445
Atila mata a Bleda y queda solo en la conducción del imperio huno.

447
Atila desencadena una nueva guerra contra el imperio; derrota de Arnegisclo en Marcianópolis. Los Balcanes son asolados; setenta ciudades destruidas.

449
Paz con el imperio de Teodosio II.

450
Atila, aliado con el emperador romano de Occidente Valentiniano III, se propone atacar al reino de los visigodos de Tolosa. Honoria, hermana del emperador, se le ofrece como esposa y suscita en el huno la aspiración al Imperio de Occidente. Marciano sucede a Teodosio III en el trono. Los hunos son expulsados de Roma y de Constantinopla.

451
Atila ataca a Occidente. Tropas romanas al mando de Esio se movilizan en socorro de los visigodos de Teodorico; se alian a las mismas burgundios, francos ripuarios, sajones y armoricanos, unidos por primera vez, para enfrentar la amenaza huna.
Los hunos invaden la Galia, abatiendo toda resistencia, hasta Orleáns, donde Atila es derrotado por las fuerzas aliadas conjuntas y obligado a retirarse (14 de junio). 18-20 junio: batalla en campo abierto entre hunos y aliados en los campos Cataláunicos (Champagne). Teodorico muere en el campo, pero los hunos son derrotados y se retiran. Encuentro con Marciano en Oriente; los bizantinos llevan la mejor parte.

452
Atila avanza contra Italia: el emperador Valentiniano y el general Esio abandonan el campo. Los hunos conquistan Aquilea luego de duro asedio. Caen luego todas las mayores ciudades lombardas. Una embajada formada por el papa León I, el prefecto Trigesio y el cónsul Genadio Avieno encuentra a Atila en los campamentos hunos sobre el Mincio. Atila acepta el armisticio y se retira. En Panonia, fuerzas hunas son batidas por un ejército romano enviado por Marciano.

453
Atila, nuevamente sobre el Danubio, celebra sus nupcias con la princesa germana Ildica, y muere de improviso durante la noche siguiente. El imperio huno es dividido entre los numerosos hijos de Atila.

455
Eyac, hijo mayor de Atila, es derrotado y muerto por una coalición encabezada por los gépidos. Los ostrogodos derrotan otras tribus hunas y Ernac, hijo menor de Atila, pide asilo en el Imperio de Oriente. El imperio huno ha terminado para siempre.

Atila, rey de los hunos

Es difícil hallar en la historia humana una personalidad más ambigua, un protagonista más famoso y más discutido que Atila, quien recibiera el mote de "flagellum Dei" [azote de Dios]. Creador de un imperio colosal a cuya fuerza expansiva se agregaba el terror instintivo que sus hombres suscitaban en el adversario, la ferocidad implacable de sus ataques, la destrucción sistemática elevada a sistema de dominio, Atila es el mayor protagonista de la violentísima crisis que trastorna, en el siglo v, toda la cuenca del Mediterráneo y gran parte de Europa. Debe recordarse que al comienzo del mismo siglo, la estructura imperial romana controlaba aún gran parte del área alcanzada en el momento de su expansión máxima: desde Yorkshire hasta el Alto Nilo, desde las costas portuguesas del Atlántico hasta las márgenes occidentales del Cáucaso. Cuando el siglo termina, una vasta proporción de África septentrional y toda la Europa occidental están en manos de soberanos bárbaros absolutamente independientes de la organización estatal romana. El empuje de los hunos en este cambio tiene una parte notable e importante, no sólo por los efectos inmediatos, sino por las consecuencias indirectas que el mismo determina, especialmente por intermedio de las estirpes germánicas, que habían sido las primeras en experimentar el rigor. En su conjunto, el ascenso y la presión del imperio huno no representan solamente la irrupción de fuerzas extraeuropeas en el área de la civilización romana, sino también el contraste entre dos estructuras económicas substancialmente diversas —la de los nómades y la de los sedentarios—, y un ascenso rapidísimo de la sociedad nómade hacia un ordenamiento distinto y un nuevo equilibrio, que jamás serán alcanzados dada la misteriosa desaparición de las masas hunas de la escena histórica. El nivel cultural, el tenor económico, la estructura social de estas masas (menores en número de lo que puede pensarse, pero reforzadas por la absorción continua de otros pueblos subyugados y por el flujo de tránsfugas) era absolutamente distinto aún de aquel de las poblaciones llamadas bárbaras de la Europa central y centro-oriental, las cuales, al menos tenían en común con los imperios de Roma y de Bizancio una economía predominantemente agrícola. También por ello el fenómeno huno atrajo constantemente la atención de los historiadores, quienes con frecuencia y desde la época del bajo Imperio, han considerado que sólo el genio de Atila fue el responsable del ascenso huno en Europa.

Aparentemente, una afirmación por el estilo parecería, además de indiscutible, directamente obvia. El escaso conocimiento de las fases precedentes le confiere relieve (aparente, pero muy evidente) al período atilano, mientras que el rápido colapso de la potencia política y militar de los hunos, luego de la muerte de Atila, y la súbita desaparición de las hordas hunas en los lagos de la Europa sudoriental, parecen confirmar la hipótesis de que sólo la excepcional personalidad de este hombre pudo transformar a las hordas desordenadas de los pastores centro-asiáticos en una amenaza mortal para los pueblos sedentarios del Oeste.

En realidad, Atila hereda del hermano del padre un imperio sumamente vasto y sólido, por lo que el ascenso de los hunos no puede ser circunscripto a la fase que lo tiene por protagonista absoluto de la historia europea, mientras que la destrucción subsiguiente —poco clara en algunos aspectos— depende, más que de la ineptitud de los sucesores, de las diferentes circunstancias políticas y de una rápida modificación del equilibrio militar. Por lo tanto, Atila es, sobre todo, el intérprete de la transformación social de las masas hunas, el artífice del ascenso militar y político de las mismas, pero no es una personalidad, totalmente "determinante" —como la de Gengis Khan— capaz de moverse en circunstancias claramente adversas y de lograr, por sí sola, la creación de un fenómeno histórico imprevisto y casi imprevisible. Su fama —de ninguna manera gratuita—, depende substancialmente del hecho de que fue él el responsable de los choques más violentos y de los contactos más continuos e intensos entre su pueblo, que representaba la "barbarie asiática", y el mundo europeo, germano por un lado y romano-bizantino por el otro. Este último estaba por entonces en gravísima crisis, a pesar de su refinada civilización, mientras que el germano se hallaba desde hacía tiempo en lento pero seguro ascenso. Por ello es que el conductor huno entra contemporáneamente en la leyenda y en la historia. Los pueblos germánicos, olvidados de la antigua opresión, verán en él al campeón fabuloso de la lucha anti-romana y, en cierto sentido, al creador de su propia potencia; lo que es cierto sólo en parte, ya que Atila les confiere seguramente vitalidad y agresividad a los pueblos germánicos, pero solamente por haberlos arrastrado consigo en empresas que servían exclusivamente a la gloria y al poderío de los pueblos hunos y su tremendo soberano. En todo caso sería un error grave transformar su personalidad en la de un campeón caballeresco, fascinado por un ideal basto de lealtad y de justicia superior, o en un político previsor, dedicado a reivindicar el derecho a la vida de sus pueblos contra la superdesarrollada estructura romana. Lo que no quita que para algunos de los tránsfugas greco-romanos que hallaron refugio en su corte, él debe haber sido realmente un personaje legendario, fuerte en su inexorable y primitiva justicia, infinitamente más aceptable que la enfermiza corrupción imperial romana. Su mundo, por bárbaro que haya sido, confería nuevo esplendor a ciertos valores humanos más apreciables y más inmediatamente evidentes, en especial para las personas menos cultas, pero no por ello ajenas a las aspiraciones de los espíritus más adelantados.

Por lo tanto, Atila no es un monstruo, un demonio, una especie de genio maléfico de la destrucción. El fenómeno que él personifica no es, aunque pueda parecer extraño, exclusivamente destructivo. Muchos estudiosos, aún hoy, ven en los hunos sólo a un pueblo rapaz, oprimido por una miseria sin parangón, rescatado por el coraje y la ferocidad. Pero la historia no conoce fenómenos exclusivamente negativos, y si la oleada huna apenas enriquece al occidente con algún motivo simbólico e iconográfico traído de la lejanísima China o de las estepas del Asia central, la misma constituye, como se ha dicho, un impulso insustituible para el ascenso de los pueblos germánicos, sobre todo porque el desesperado intento de defensa facilita la formación de las primeras agrupaciones romano-germánicas, proporcionando al mismo tiempo la ocasión para un ascenso prestigioso de las jerarquías católicas que asumen con frecuencia la responsabilidad de defensas imposibles, directamente absurdas, contra el "desorden" asiático y logran, más allá de las esperanzas más halagüeñas, contener o desviar el choque. La Europa medieval, en su configuración espiritual y política, debe bastante a la trágica aventura huna, aun cuando la misma cuesta lutos y ruinas infinitos, pero ciertamente inferiores a los provocados setecientos años más tarde por la oleada de los mongoles.

Porque el imperio huno de Atila, cualquiera haya sido su origen, ciertamente asiático, es esencialmente un fenómeno europeo. Resta por verse cuál fue la personalidad de Atila como hombre. Difícilmente apreciable con precisión dado que su procedencia de un mundo y de una sociedad muy diferentes de los de su tiempo —hecha la excepción de las hordas nómades de las estepas euroasiáticas, carentes de historia hasta tanto entran en contacto con el mundo de los pueblos sedentarios— y aún más lejanos de nuestra sensibilidad de hombres modernos, tanto como podrían serlo respecto de la vida terrestre las colonias instaladas en otro planeta, Atila aparece como una figura fabulosa en la que el odio y el amor, el instinto y la razón contrastan, oscilando de un polo al otro de los valores extremos. Muchos desearían reconocer aún las motivaciones sentimentales de sus acciones; otros las ven inspiradas en el instinto rapaz; otros, las consideran el fruto de una intuición genial. Pero tal vez todos estos componentes y aún otros se funden en una personalidad realmente bárbara, contradictoria y sin embargo grande, cuyo único e indiscutible mérito es el de haber reconocido la potencialidad vital existente en el conjunto huno, y de haber intuido

1

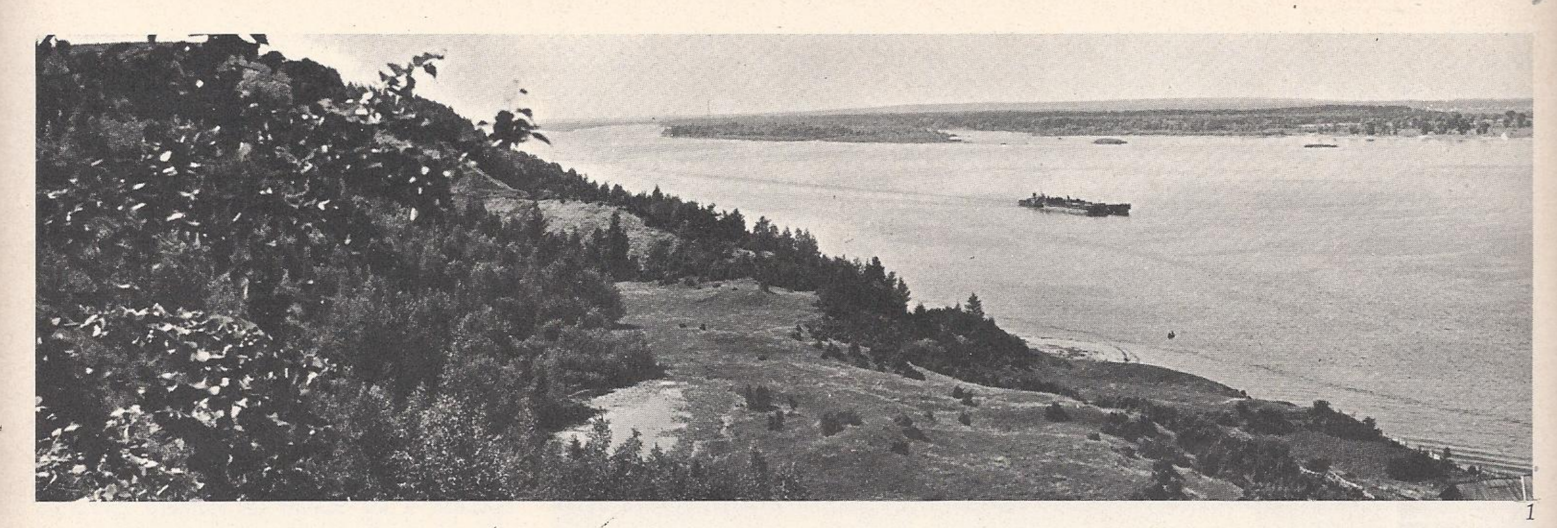


2

hacia qué dirección la misma tendía a evolucionar. Atila había logrado comprender que la fuerza de las tribus hunas residía en su posibilidad de unión, en un estado centralizado, en una disciplina durísima. Unidos, los hunos habrían formado un instrumento realmente inigualable para la explotación de los pueblos europeos; habrían evitado las desapariciones repentinas en que concluye la efímera existencia de muchos pueblos nómades, la dispersión, el aniquilamiento. La crisis romana, gravísima, tal vez sólo superficialmente comprendida por el conductor huno, favorecía la explicación de la fuerza de choque huna y de todos los juicios capaces de acrecentarla. Y es justamente lo que Atila logra hacer. Por ello las palabras del canto fúnebre que acompañaba los funerales del soberano —transmitidas por Jordanes en la versión latina— resumen con gran precisión el valor histórico del conductor huno.
En la traducción, relativamente libre de su versión latina, la oda conserva su fuerza. Dice: "Atila, el verdadero rey de los hunos, hijo de Muntsak, señor de pueblos fortísimos, el único que con un poder inaudito antes de él, poseyó los reinos escitas y los germánicos; aterrorizó, con las ciudades conquistadas, a los dos imperios universales romanos y, para que las otras no se convirtieran en presa, aplacado con las plegarias, aceptó un tributo anual; habiendo cumplido felizmente todas estas empresas, murió sin sentir dolor, no por herida enemiga, no por traición de los suyos, sino con su pueblo íntegro, alegre, entre los placeres. ¿Quien, entonces, llamaría a ésta una muerte, cuando nadie puede pedir venganza?". Como se ve, la rítmica prosa de Jordanes refleja los conceptos celebrativos del canto huno que insiste en el dominio de los diversos pueblos, en el terror suscitado entre los romanos, en el tributo humillante y rico que éstos se vieron obligados a pagar al conductor de los hunos. Salvo la serenidad de su muerte, todo pasa a segundo plano frente a estos datos que traicionan al instinto rapaz de los nómades, su incapacidad para reconocer otros valores aparte de la riqueza conquistada o arrebatada a los pueblos explotados o amedrentados. Y el adversario principal de Atila y de su pueblo es el bipartito imperio romano, señor del orbe, plegado por la fuerza expansiva de los caballeros de la estepa.

El mundo nómade y el origen de los hunos

El de la procedencia y la estirpe de los hunos, es un antiguo problema que se presenta continuamente a la atención de los especialistas como un enigma fascinante, que continúa sin resolverse. No es seguro que los hunos de Atila estén directamente vinculados con los pueblos conocidos con el nombre de Hsiung-nu en las fuentes históricas chinas. No obstante la asonancia de los nombres, que parece muy indicativa ya que también en griego y en latín el nombre comienza con una consonante aspirada, las diferencias de aspecto entre los tremendos adversarios del imperio chino de los Han y los hunos de Atila son demasiado grandes como para pensar en una derivación directa. A juzgar por los documentos y las descripciones que poseemos, los Hsiung-nu fueron paleo-asiáticos, pueblos primitivos con un gran componente europoide, mientras que en los hunos de Atila no se puede excluir un componente mongoloide. Además, existen otros pueblos, muy diversos entre ellos en estirpe y en nivel de civilización, que asumen el nombre de hunos. Son los Huna de la India, divididos en hunos blancos y hunos rojos, son los heftalitas que las fuentes bizantinas también llaman hunos blancos, pero que probablemente son distintos de los Huna de las fuentes indianas y, con ellos, los misteriosos Hionitas que Amiano Marcelino vio bajo los muros de Amida aliados a las fuerzas imperiales persas. También los cidaritas, un grupo de alta civilización que tuvo parte importante en la historia de las regiones afgano-pakistanas, son llamados hunos en las fuentes bizantinas, y en los textos armenios se habla a menudo de los Honk, es decir, de los hunos, que a través del Cáucaso descienden, con empujes destructivos continuos, hacia el sur. Se puede hallar también el nombre de hunos, en la forma Huna, utilizado con seguro conocimiento de causa en los documentos centro-asiáticos que describen la situación étnica y política de Kan-su en el siglo x. Para complicar aún más el problema, tenemos la certeza, según los documentos redactados en sogdiano (una de las lenguas del Asia central), de que algunos grupos Hsiung-nu fueron seguramente llamados hunos por los observadores sogdianos que se referían, hacia el año 313, a la situación política y militar de la cuenca del Tarim, donde florecían los comercios internacionales de los que Sogdiana obtenía su propia riqueza. En resumen, el nombre de hunos es probablemente un nombre genérico aplicado a poblaciones diversas en cuanto a cultura y a estirpe, que siguió en uso en el tiempo ya sea por tradición o por la fama siniestra y gloriosa (al menos en un mundo dominado por la violencia, como lo es el que impide la formación del Medioevo europeo y que acompaña a la génesis) conquistada a precio de abundante sangre y de destrucciones infinitas por algunas de las estirpes catalogadas bajo el nombre de hunas. Que exista un vínculo de parentesco o de comunicación directo entre los varios grupos así denominados no es ni siquiera lejanamente posible. Bastaría para probarlo el hecho de que la primera noticia concerniente a los hunos, en las fuentes indianas, se presenta en una lista de escrituras diferentes, entre las cuales hallamos la "escritura de los hunos" (*hunalipi*) y que se refiere a una época anterior a la invasión de los Huna o de los heftalitas, como lo atestigua la traducción china del mismo texto que, al estar fechada, establece un límite cronológico preciso e indiscutible para la información. Por lo tanto, un grupo llamado huno, entre los primeros en entrar en el horizonte de las civilizaciones sedentarias, llevaba consigo una escritura característica y autónoma, índice de un nivel de civilización enormemente superior al de los hunos de Atila y de muchas otras poblaciones llamadas hunas que, por admisión unánime e incontrovertible de testigos e historiadores, eran iliteratos o se servían de lenguas extranjeras para las necesidades inevitables de la diplomacia (y por lo tanto de la cancillería), confiando a menudo esta actividad compleja a los tránsfugas o a prisioneros de cultura más elevada. Por lo tanto, no existe un único movimiento huno, más o menos fraccionado en áreas y en épocas diversas, sino una serie de movimientos y de convulsiones operadas por pueblos no homogéneos, para los cuales sólo el hombre y casi siempre el carácter de nómades destructores, permanece constante. Podemos agregar que esta difusión del nombre deriva posiblemente de un fenómeno particular de refracción, por así decirlo, ya que es casi cierto que el nombre mismo fue creado y aplicado por los observadores externos, probablemente iranios, y que inmediatamente fue adoptado como nombre característico por estas mismas poblaciones por el prestigio que les confería como símbolo de fuerza y de terror. Es así que la denominación de hunos termina por consustanciarse con un conjunto de pueblos nómades, muchos de los cuales pertenecían a un tipo particularmente bárbaro entre aquellos que se agitaban en la zona de las estepas de la antigua Eurasia. Así desaparece de la escena de la historia la enorme cabalgata de un solo grupo nómade, creador de colosales imperios de terror, en movimiento desde los confines del área china y que llegara hasta India, Irán, al corazón de Europa, y también a Italia. Existe la posibilidad de que partes alícuotas de sobrevivientes Hsiung-nu, que escaparon a la masacre operada por las fuerzas chinas de los Han —victoriosos sobre el *shan-yu* Chi-Chi, soberano del imperio occidental de los Hsiung-nu— hayan sido absorbidos por las masas nómades que vagaban por las estepas del oeste centro-asiático y hayan reaparecido más tarde, con sus lejanos descendientes, en los confines de los imperios romanos, entremezclados con las hordas de Atila, luego de cerca de cuatro siglos de una existencia que no tiene historia. El problema, como se puede apreciar, es enorme; los rastros y los documentos, dispersos sobre un territorio amplísimo, diseminados en textos poco conocidos, redactados en decenas de lenguas diversas, no son claros y, menos aún, decisivos, aún cuando resta algún vínculo



1



2

1, 2. La estepa rusa: el río Volga y el Oka, su afluente (Novosti).

3. Las montañas del Cáucaso septentrional (Novosti).

En la página 31:

1. Atila, rey de los hunos. París, col. Nakache (Arborio Mella).

2. Anillo de espada huna. Copenhage. Museo (Arborio Mella).



3

que indica, al menos, una cierta homogeneidad cultural entre los caballeros nómades del este, creadores del primer imperio de las estepas, y aquellos que siguieron la estela de Atila en sus aventuras europeas. Bastarían los famosos calderones, con asas en forma de hongo, de características y ornatos inconfundibles, para atestiguar esta unidad cultural que se alimentaba de contactos y de intercambios entre las tribus diversas, cuando no se resentía por los movimientos y los empujes sanguinarios y destructivos, determinados por la desesperada necesidad de las distintas tribus de asegurarse el derecho a la vida. Gran parte de estos movimientos no tienen historia porque la vida de los nómades centroasiáticos, antes que todos los pueblos nómades que vivieron en la zona esteparia y desértica que une la llanura húngara con el área del Ordos, sobre los confines del territorio propiamente chino, asume históricamente una fisonomía precisa y completa sólo mediante los contactos y los choques con las civilizaciones sedentarias circundantes, con los agricultores aferrados a la tierra que cultivan y que se defienden de la raza de los nómades con toda la potencia de su organización, con sus técnicas desarrolladas, con la tenacidad característica de una sociedad ordenada, decidida a combatir todo elemento perturbador. Porque el sedentario ve en el nómade no sólo al desorden, la subversión, el aspecto demoníaco y destructivo, sino también la amenaza propia de una fuerza militar sin igual, convertida en implacable por el acicate de una pobreza incurable, ligada a una economía precaria y poco desarrollada, apenas superior a la de la caza y la recolección, aunque infinitamente más especializada, como lo es la del jinete-pastor. De todos modos, resta el problema de los movimientos hunos, no correlacionados entre sí, ni convertidos en unitarios por un único movimiento inicial, pero que ciertamente se difundieron por los terrenos circundantes por razones inherentes al equilibrio interno de las masas nómades, hunas o no, por la oclusión de vías embrionales de comercio interno que alteran la economía precaria de amplias regiones, por la correlación automática de movimientos y choques que en gran parte permanecerán ignorados, pero que rebotan, como las olas en un estanque, de un extremo al otro del inmenso territorio que forma el corazón de Eurasia. Sobre todo, el historiador entrevé la lenta evolución de sociedades embrionales hacia formas organizativas más complejas, en el intento por integrar, aunque sea con violencia, la economía enmarcada en el pastoreo y la cría con las riquezas necesarias arrebatadas a los territorios más desarrollados, dado que las integraciones obtenibles con el comercio del oro sacado de las arenas de los grandes ríos siberianos, o con el de las pieles y de algunos productos de la metalurgia nómade, no obtenían resultados suficientes y, por lo tanto, no comparables con las ventajas inmediatas que ofrecían la *razzia* y la invasión. Pero no debe olvidarse que el antagonismo entre el mundo nómade y el de los sedentarios, por implacable que fuera, no determina sólo una hostilidad recíproca que termina por convertirse en atávica, sino que tiende a establecer —sobre todo en Asia— un intercambio continuo en el cual la escasa riqueza de las tribus nómades se compensa con el número de las mismas y la amplitud de los territorios que dominaban. En términos económicos, el mundo de los nómades representaba un mercado de consumo que los sedentarios del Este no podían descuidar. El comportamiento diverso de los dos imperios romanos en cuanto a los hunos —sugerido en parte por el bajísimo nivel económico y cultural de los nuevos adversarios— es, en la historia de los choques entre los dos mundos opuestos, un comportamiento aberrante, que se reflejará profundamente sobre toda la fenomenología histórica de la incursión huna. Es cierto que si el imperio de Atila hubiera tenido más duración se habría logrado seguramente una estabilización, debida, entre otras circunstancias, a la rápida evolución de las masas hunas hacia formas más complejas y mejores de organización y de vida.

El descenso de los hunos

La primera noticia que concierne a los hunos se encuentra en Tolomeo (III, 5, 10), el que atestiguaría la presencia de poblaciones llamadas con tal nombre en el área comprendida entre el Bug y el Dnieper, o entre el Dnieper y el mar de Azov, en una época aproximada a la mitad del siglo I a.C. Sin embargo es dudoso que los hunos de Tolomeo sean verdaderamente los hunos, y existe además la sospecha de que el nombre, en aquel paso, sea prácticamente una inserción posterior de algún copista que, al interpretar mal un nombre similar, o tal vez obsesionado por el de los hunos, más conocido, haya cometido involuntariamente una substitución arbitraria. En realidad, como fenómeno político, los hunos comenzaron a entrar en el horizonte romano sólo en el 376 a.C. Los oficiales romanos que comandaban las guarniciones del Danubio tuvieron noticias indirectas de que entre los bárbaros del norte habían comenzado grandes e insólitos movimientos que se extendían, según parecía, hasta las riberas del Mar Negro. Un pueblo feroz empujaba a las masas bárbaras fuera de sus regiones habituales, aterrorizándolas. Podía ser una de las convulsiones corrientes que chocaban contra la frontera romana, como ecos amortiguados de movimientos lejanos, ya en la fase decreciente; pero la agitación creció y se acentuó al punto de concentrar sobre las márgenes del río a una multitud inmensa de pueblos bárbaros, los que trataban desesperadamente de huir hacia el territorio romano. Lo que las guarniciones romanas presenciaban era el último acto de una tragedia inesperada: los hunos habían destruido el reino gótico de Hermanrico. Pero antes que a los godos, los hunos habían sometido a los alanos, una confederación de tribus guerreras cuyo confín occidental se hallaba sobre el Don, mientras que la extensión de los territorios que ellos dominaban no era conocida por los observadores romanos, los que consideraban que los confines orientales de los dominios alanos estaban directamente fuera de Europa. El movimiento huno había hallado una tenaz resistencia, que había costado a los alanos un número increíble de muertos, completamente inútil dada la superioridad táctica y estratégica de los adversarios. Los hunos, con las fuerzas alanas, que utilizaban como tropa de cobertura y como carne de cañón en las situaciones más difíciles, comenzaron pronto a atacar, saqueándolos, a los ricos villorrios ostrogodos del reino de Vitimero, caído finalmente en una emboscada luego de una serie de derrotas y después que los suyos lo hubieran abandonado por terror. Además, parece ser que un mercenario huno, Safrax, tomó el poder sobre los ostrogodos sobrevivientes, mientras los hunos atacaban el reino de los visigodos, a occidente del Dniester. Los visigodos y los ostrogodos aún en grado de combatir fueron aplastados en una maniobra sorpresiva de sus adversarios. En el año 376 los godos sobrevivientes obtuvieron el permiso para entrar en el territorio romano; en el 378, en Adrianápolis, infligieron al emperador Valente la más grande derrota que se recuerda en la historia militar romana. Y es posible que la carga de caballería que determinó el desastre final para los romanos haya sido conducida por grupos hunos puestos como mercenarios al servicio de los godos. Las premisas para un terror paralizante frente a las fuerzas de los hunos estaban claramente dadas, y no se puede decir que no se justificaran. De manera sorprendente, a estas primeras escaramuzas siguió un período de calma, mientras la fama de aquellos "que llenaban la tierra de estrago y de pánico, girando de aquí para allá sobre sus veloces caballos", se tornaba cada vez más siniestra y aterrorizante.

En el 406, grupos de alanos, de suevos y de vándalos rompieron la frontera del Rin para pasar a la Galia y huir de los hunos, que evidentemente ejercían su presión sobre la Europa central. El primero de los jefes hunos de quien se conserva el nombre es Uldin, probablemente un jefe menor y además periférico, que instaura una política de terror y, al mismo tiempo, de alianzas momentáneas con el Imperio de Oriente y con el de Occidente. A sus incursiones se debe la decisión de erigir la franja amurallada de Constantinopla llamada de Teodosio, que protegía a la ciudad

por tierra. Es Uldin quien mata al rebelde germánico Gainas luego de haber destruido a sus fuerzas, pidiendo a cambio "regalos" al emperador de Oriente, y son también las fuerzas de Uldin las que ayudan a Estilicón, en la batalla de Fiésole del 405, a destruir las hordas germánicas de Radagais que, por otra parte, se precipitaban en Italia para huir a la presión de otras fuerzas hunas, probablemente pertenecientes a una gran confederación de tribus establecidas en la Europa centro-oriental. Como se puede apreciar, Uldin representaba un grave peligro que fue eliminado en el 408 por la diplomacia romana. Él mismo, traicionado y abandonado, logró trabajosamente atravesar de nuevo el Danubio con pocos secuaces; el resto de sus fuerzas pasó al servicio del imperio.

La clase dirigente romana pensaba servirse de las "flechas de oriente", de los "caballeros del norte", es decir, de los hunos divididos y con frecuencia en disputa entre sí, de la misma forma en que se servía de los bárbaros germánicos, reduciéndolos al rango de mercenarios o de fuerzas de policía (por lo tanto, como tremenda amenaza para aquellos tiempos) para utilizarlos contra los campesinos en revuelta o las tribus germánicas desleales.

Debe recordarse que para obtener fuerzas hunas en grado de contener el peligro que representaban las secciones germánicas de Estilicón, luego de la caída de este último, el gobierno romano de Occidente no hesitó en enviar a los jefes de los nómades un buen número de rehenes —en general jóvenes nobles— entre los cuales se encontraba también Esio, el último de los grandes generales romanos y uno de los primeros en llevar el título de *comes* del emperador, del que derivará el título nobiliario de conde. En otra ocasión será suficiente una fuerza de diez mil hunos, conducida a Italia desde Dalmacia, para modificar profundamente los planes de Alarico quien, por un momento, abandona la idea de un ataque directo sobre Roma.

En resumen más de treinta años después de su aparición en la esfera política y económica del mundo romano, el sólo nombre de los hunos era suficiente para aterrorizar a los más valerosos, tanto entre los soldados romanos como entre los guerreros germánicos.

En diversas ocasiones los bárbaros del este habían sido enemigos implacables, pero también amigos —o por lo menos fieles mercenarios— de los dos imperios, mientras que la Iglesia había emprendido una acción civilizadora; el prestigio de Teótimo, obispo de Tomi, debía ser realmente grande entre los hunos ya que, según parece, éstos lo llamaban "Dios de los romanos". Por otra parte, san Gerolamo, en una carta del 403, advertía que "los hunos aprenden el salterio", haciendo referencia a la liturgia cristiana, y en otra parte —luego de observar que las iglesias cristianas tanto de



1



2

Oriente como de Occidente estaban "llenas de hunos, de vándalos, de burgundios y de otros innumerables pueblos creyentes"– expresa la esperanza de que ello mitigue su ferocidad. Para Teodoreto, la predicación del Evangelio había disuadido a los hunos de comer a sus propios ancianos para asimilar el espíritu, pero en realidad, si una lección tal había tenido realmente algún éxito, el mismo se limitaba a las masas hunas que estaban en contacto más directo con la civilización occidental; los otros –los hunos verdaderos, libres, feroces– permanecían absolutamente extraños al cristianismo y a sus leyes, tanto que varios escritores los consideraban entre los paganos más irreducibles.

Los hunos antes de Atila

No es fácil establecer cuál era la estructura de la sociedad huna antes de Atila; probablemente vivían sólo de la caza y de la cría de animales, pasaban la mayor parte de sus vidas a caballo (tanto que no descendían ni siquiera para discutir con embajadores y dignatarios extranjeros), se vestían con pieles y con vestidos de lino, se protegían los muslos con pieles de cabra y se cubrían con birretes redondos, tal vez de fieltro. De rostros deformes, cubiertos de cicatrices por las heridas que se inferían en señal de luto y de dolor (y no, como piensa Amiano Marcelino, para evitar el crecimiento de la barba) parecían grandes a caballo, pequeños y torpes de a pie. Jinetes insuperables, eran, además, hábiles como arqueros, tanto que para ellos era imposible errar el blanco. La base de la sociedad huna debía ser la familia, que vivía en una sola tienda. Un grupo de seis o diez familias constituía un campo, varios campos un clan, mientras que la tribu estaba formada por dos o tres clanes como mínimo, y la reunión de varias tribus formaba un pueblo. Ésta, al menos, es la estructura más verosímil de estas masas migrantes, probablemente menos numerosas de lo que nos hacen creer las fuentes clásicas, pero ciertamente más consistentes, en número, de lo que piensan algunos historiadores, en vena de crítica refinada, los cuales desearían reducir a unos pocos millares a los monstruosos jinetes de la estepa, "prodigiosamente feos . . . tanto que se los tomaría por bestias de dos patas", escribe Amiano (XXXI, 2, 2), terror de los sedentarios, bárbaros o no. Y sobre este material humano, sobre esta sociedad no estática sino dinámica, ya que está pronta a sufrir y enfrentar profundísimas transformaciones (mientras no perjudicaran de alguna manera las capacidades combativas de los individuos y de los grupos), en la búsqueda de un tenor de vida más elevado, Atila deberá operar. Si bien las fuentes no son demasiado claras ni se extienden excesivamente en detalles que serían importantísimos para nosotros, es cierto que una gran confederación de tribus hunas se había formado en los años de la década del veinte del siglo V. Tres hermanos, Rúa, Mundiuch y Octar (o Uctar), eran jefes de la misma, pero Rúa era el jefe militar de la confederación cuando ésta irrumpe bruscamente en la escena política romana en el año 432, como consecuencia de las discordias internas del imperio.

Esio, que había sido un rehén de los hunos veinte años antes, derrotado por Bonifacio, conde de África, y amenazado de muerte con varias tentativas de asesinato por parte del yerno de Bonifacio, se marcha a Panonia, obtiene nuevamente el apoyo de los hunos y el personal de Rúa, concede (o, mejor dicho, hace conceder por el Imperio de Occidente) una parte del área húngara a la tribu de Rúa, apenas cinco años después que el Imperio de Oriente lograra reconquistar la línea del Danubio ocupando la línea de las poderosas fortificaciones que protegían a la Europa central de los bárbaros del Este. Esio mismo, apoyado por los hunos, logra restablecer su propia posición personal en Italia, pagando el precio de una provincia romana, estratégicamente esencial para la defensa de lo romano, que pasaba así a manos hunas. La eficacia de la ayuda bárbara era indiscutible para el grupo guiado por Esio y para los latifundistas de la Galia, atormentados por las revueltas de los bagaudos, convertidos ya en amos del entero *tractus Armoricanus*, es decir, de casi un cuarto del territorio gálico. Los hunos desempeñaban perfectamente su tarea de represión y de terror, pero al mismo tiempo –aunque nada trasunta de las fuentes históricas de Occidente, las únicas que nos proporcionan alguna información– la confederación de Rúa crecía en potencia. Por ello, en 434, un diplomático huno –Esla– enviado por Rúa, compareció en Constantinopla con una dura exigencia. El imperio debía restituir a la confederación varios grupos de tribus (o pueblos) que, con los nombres desfigurados por las transcripciones latina y griega, aparecen como grupos hunos evidentemente deseosos de permanecer fuera de la confederación de Rúa. Si no se restituían estos grupos, Rúa recurriría a la guerra.

Es evidente que el movimiento del conductor huno estaba inspirado por el estado de debilidad del Imperio de Oriente, que justamente en aquellos años veía desaparecer su dominio sobre el África septentrional como consecuencia de la infiltración y de la presión de los vándalos. Pero también es evidente que el proceso de unificación de los pueblos hunos de ninguna manera estaba completo, ya que grandes porciones de la población perteneciente a aquella estirpe preferían gravitar en la órbita del Imperio de Oriente antes que reingresar en el proceso de centralización y de unificación dirigido por Rúa. Por otra parte, este mismo proceso debía estar lo suficientemente avanzado si se trataba de reconquistar, aún con la fuerza, a los tránsfugas que si bien numerosos, eran prácticamente entidades étnico-políticas periféricas. La muerte, acaecida en el mismo año, le impidió a Rúa realizar sus amenazas.

Atila y Bleda

A Rúa lo sucedieron dos sobrinos, según un esquema dinástico no insólito entre los nómades y las poblaciones altaicas: Bleda y Atila. Bleda, mayor de edad, era un ser absolutamente primitivo y como tal, expuesto a oscilaciones psicológicas inexplicables según el metro lógico, y por lo tanto propenso a una fragilidad de conciencia pronunciada, del tipo de las angustias lúcidas e irresistibles que ocurren con frecuencia en todo el área de difusión del samanismo. No por nada el hechicero es responsable de la integridad psíquica de toda la tribu que se le confía. En cambio Atila era mucho más equilibrado, de intuición rápida, inflexible, pero no despiadado. A juzgar por las descripciones y las alusiones que se hallan en Jordanes y en Prisco, Atila era bajo, con un amplio tórax, la cabeza grande, los ojos pequeños y hundidos, nariz chata, tez oscura, casi negroide, barba rala. Terrible en sus cóleras, se servía del terror casi supersticioso que emanaba de su persona como de un instrumento político. Astuto y, a su modo, habilísimo en una basta diplomacia de oscuras amenazas y de discursos enfáticos, usaba el arma de la destrucción total y del exterminio como "detergente", si deseamos utilizar una locución moderna, exactamente como muchos otros conductores nómades. No por nada el conde Marcelino, que vivió en Oriente muchos años más tarde, anotaba, para el año 447 –con extraordinario vigor, como observa Thompson–: "Atila abatió a casi toda Europa, destruyendo e invadiendo ciudades y castillos". Sin embargo, el conductor huno era un juez equilibrado y parcial para los suyos, benévolo con aquellos que se sometían sinceramente a su poder, amante de la vida simple, pero dedicado con largueza a los placeres del vino y de la carne (al punto que sus hijos eran tan numerosos que formaban una verdadera tribu). Tal vez Atila era también profundamente supersticioso, aunque se servía astutamente de los componentes mágico-supersticiosos para consolidar el propio prestigio con desprejuiciada habilidad, pero no resulta fácil reconstruir su compleja psicología religiosa.

Lo cierto es que él se sentía llamado a grandes empresas, a convertirse en el amo del mundo, creyera o no en la leyenda, acreditada por él mismo, acerca del hallazgo milagroso de la espada del dios de la guerra, que le confería el derecho y la fuerza para alcanzar la soberanía.

Seres tan diversos como Atila y Bleda debían por fuerza hallar, al menos al comienzo, una línea de coexistencia que evitase los choques, aún siendo acertado que Atila

tuvo siempre una parte preminente, sobre todo en la política exterior, aunque a estar por lo que sabemos, ellos siempre actuaron en concordancia. La solución adoptada, bastante simple, fue la de la división del imperio, sin que se conozca aproximadamente cuál fue la delimitación geográfica de los dos dominios, ni cómo fueron atribuidos a los dos hermanos. Lo cierto es que mientras vivió Bleda, ellos consideraron a sus dominios como una propiedad única.

Igualmente cierto es el hecho de que el período más oscuro de la vida de Atila es aquel de los primeros años que siguieron a la muerte de Rúa. Durante este período atormentado, su prestigio creció en forma prodigiosa para perjuicio de Bleda, poniendo las premisas para la eliminación de este último, ocurrida en el 445. No sabemos nada acerca de las razones que llevaron al choque de los dos hermanos y al asesinato de Bleda. Sólo podemos suponer, con mucho fundamento, que la eliminación del hermano mayor debió ser un objetivo político que Atila se había fijado desde hacía mucho tiempo, preparando minuciosamente este suceso decisivo mediante el cual las poblaciones gobernadas y explotadas por Bleda pasaron al dominio de Atila.

La pérdida de una gruesa parte de la obra de Prisco, *Historia bizantina*, nos priva de un testimonio precioso que además provenía de un historiador que había tenido contactos directos (y una parte diplomática importante) con el mundo huno. De todos modos debe tenerse presente el hecho de que entre los jefes hunos debieron verificarse graves discordias y choques sanguinarios. De hecho, no era fácil reunir el poder de los nómades en las manos de la diarquía, así como no era fácil, ni siquiera para Atila cuando quedó solo, la centralización de la estructura estatal huna en base a las exigencias políticas y militares que se tornaban cada vez más pesadas. No obstante estas discordias, que podemos intuir más que demostrar, la presión de los nómades se hizo sentir de manera sumamente dura sobre un área vastísima. Luego de la muerte de Rúa, el Imperio romano de Oriente había ratificado con sus sucesores un tratado, llamado de Margo por la ciudad en la que fue estipulado. El problema esencial era el de la restitución en las manos del gobierno de Atila y de Bleda de todos los hunos prisioneros, mercenarios o fugitivos, que se hallaban en territorio romano. La exigencia era obviamente una consecuencia del esfuerzo de unificación en el ámbito de los pueblos hunos, pero revela también la existencia de tendencias centrífugas para grupos más o menos numerosos, que no toleraban el régimen impuesto por los dos hermanos. Además debían ser restituidos también aquellos que, aun sin ser hunos, pertenecían a las poblaciones y a los territorios dominados por los hunos. Por cada individuo que faltara, los romanos debían pagar ocho *solidi* [sueldos] *, una suma notable dado que con la misma se podían adquirir —en tiempos normales— cien modios de grano. Aparte de esta suma, el tributo que Bizancio pagaba a Rúa fue aumentado a 700 libras de oro,** lo que les concedía a los hunos grandes facilidades de comercio en los grandes mercados de los confines, donde gozaban de las mismas garantías y de los mismos derechos que los comerciantes romanos. Los hunos, establecidos en las proximidades de un mundo rico y civil, comenzaban a atribuirle al comercio un valor preminente, si no definitivamente determinante para su economía, consolidada por los pingües tributos romanos.

El tratado de Margo fue ratificado en el año 435, y hasta 439 los hunos combatieron con varios pueblos de Escitia, sometiéndolos. Por lo tanto, su expansión se enderezaba hacia las llanuras meridionales de la Rusia europea, mientras que al norte habían llegado a las riberas del Báltico, invadiendo también algunas islas, entre ellas Gotlandia, donde las monedas romanas de la época se tornan mucho más numerosas en comparación con las épocas precedentes, por lo que se demuestra que la economía huna estaba ligada a la circulación monetaria proveniente del imperio, por comercio o tributo; éste es un índice notablemente significativo en cuanto a la transformación de la estructura social y económica huna. Al este, los hunos combatieron con una población enigmática, conocida sólo con el nombre de sorosgos, lo que no nos permite establecer nada acerca de ellos, mientras que en las márgenes orientales del Mar Negro continuaban libres y poderosos los akatziros.

Casi seguramente, el nombre akatziro se origina en el antiguo turco, y significa "el pueblo de los árboles" o de los bosques, que coincide perfectamente con pueblos de origen turco provenientes, por lo tanto, de la gran zona euro-asiática de los bosques. Pero los akatziros son llamados hunos por Prisco, Suida y Jordanes, y si fueron verdaderamente hunos, que permanecieron extraños al imperio de Atila hasta el año 448, ello significa dos cosas: la primera es que en el conjunto de los hunos atilanos existía un notable componente étnico de tipo turco, y la segunda es que no todos los hunos estaban reunidos en el imperio de Atila, ya que grandes grupos, autónomos e independientes, continuaban siendo extraños y hostiles al mismo. Por estas razones la frontera romana permaneció tranquila desde la firma del tratado hasta el año 440.

Los hunos contra Constantinopla

Durante cinco años el peligro huno pareció conjurado. Pero en los años 439 y 440 la situación se desarrolló de manera singularmente desfavorable al bipartito imperio romano. En octubre del 439 Cartago cayó en manos de los vándalos, Italia debió prepararse para una defensa desesperada (todos los civiles fueron armados) y las dos capitales estaban obsesionadas por la pérdida del África septentrional, tanto más que Genserico, al apuntar hacia el Egipto, amenazaba con interrumpir defifinitivamente los reabastecimientos de grano, aislando también a Sicilia. Además, en Armenia una incursión persa —pronto interrumpida por la presión de los heftalitas, o hunos blancos, sobre los confines del imperio sasánida— había requerido la intervención de notables fuerzas romanas. Por lo tanto, los hunos se hallaban en neta ventaja.

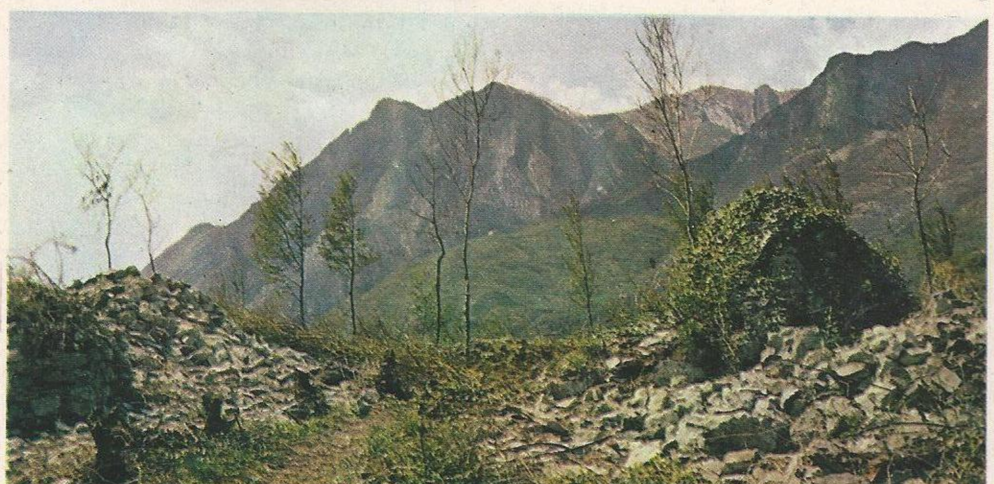
Sin embargo, quedan dudas acerca de si la intervención de Atila fue el solo producto de la situación internacional. Una acción sacrílega y sanguinariamente agresiva para los hunos, cumplida por el obispo de Margo, determinó los sucesos que siguieron. El alto prelado, en realidad, había saqueado las tumbas reales hunas, situadas en la proximidad del confín y ricas en oro. Por reacción, los hunos —que tenían un culto particular por los antepasados, como los escitas y otros pueblos de las estepas— sorprendieron y expugnaron un fuerte romano al norte del Danubio. Siguieron tratativas inútiles, propuestas por Atila, quien, según su mentalidad curiosamente legalista, deseaba presentarse como aquel que había recibido la ofensa. Y en realidad la acción del obispo —quien luego traicionó a sus conciudadanos— era de gravedad inaudita si se la consideraba desde el punto de vista de los hunos. Por esto es dudoso que la acción de Atila, aun aprovechando la situación internacional, desfavorable a los romanos, haya sido el producto de razones políticas ajenas al insulto sufrido. Por lo tanto, las fuerzas hunas, superado el Danubio, destruyeron e incendiaron las fortificaciones romanas. Cayó Viminacio (hoy Kostolacz), destruida mientras la población era masacrada o deportada; cayó Margo por la traición del obispo. Luego Costanza, gran fortaleza más acá del Danubio, cayó Singiduno, o sea Belgrado, y, sucesivamente, Sirmio, eje de las defensas danubianas; sus habitantes fueron hechos esclavos. Una parte enorme de las defensas romanas había sido abatida con una campaña que duró varios meses entre los años 440 y 441. El año 442 transcurrió en calma, pero en el siguiente Atila enfrentó a gruesas fuerzas romanas al comando de generales bárbaros (el alano Aspar, los germanos Areobindo y Arnegisclo)

---

* Moneda de oro.

** Teniendo en cuenta el poder adquisitivo del oro, calculado en peso, esta cifra corresponde a casi 250 millones de pesos argentinos actuales.

1



2

1. Máscara en bronce de tipo huno. Siglo V. París, Compañía de la China y de la India (Arborio Mella).

2. Ruinas del llamado castillo de Atila en Petroas (Rumania) (Arborio Mella).

3. Ornamentos hallados en tumbas hunas (Arborio Mella).

En la página 35:

1. Guerreros hunos.
Cerámicas chinas. Milán, col. privada. (Arborio Mella).

2. Caballero huno.
Cerámica (Arborio Mella).

En las páginas 42-43:

Rafael, Encuentro de Atila y del papa León I.
Fresco, Ciudad del Vaticano, Residencias Vaticanas (Scala).



y las empujó hacia el Quersoneso, destruyéndolas. La única victoria romana fue obra de secciones irregulares: los ciudadanos de Asemos, pequeña ciudad entre el Osmas y el Danubio, opusieron una resistencia desesperada. Dispuestos a combatir, lograron batir y dispersar fuerzas hunas infinitamente superiores. El gobierno imperial no supo recompensar a los valerosos que abrieron la serie de las resistencias ciudadanas, pronto seguidos por Constantinopla, atormentada por el terremoto, donde la población civil organizada por los "partidos" del circo, es decir, por los deportivos, logró reconstruir en 447 los muros que se habían derrumbado, reforzar las defensas y vigilarlas sustituyendo a las fuerzas regulares. Pero de este fenómeno de las defensas locales hablaremos más adelante.

La primera campaña concluyó con la paz llamada de Anatolio, ratificada en el 443. Las graves pérdidas sufridas por los hunos había aconsejado a Atila buscar una solución negociada, y tal vez sobre su decisión influyeron las discordias internas entre los jefes hunos. Cuando atacó nuevamente al Imperio romano del este, era ya el único señor del imperio huno. Las fuerzas romanas al mando del general germano Arnegisclo, ya batido en el año 443, enfrentaron a los hunos junto al río Vid. Arnegisclo se batió con coraje y gran habilidad. Su caballo fue muerto mientras cargaba y él siguió combatiendo a pie, hasta que cayó como un héroe. La victoria fue de Atila, si bien las gravísimas pérdidas sufridas por los hunos, a pesar de la caída de la base misma de Arnegisclo (es decir, Marcianópolis), aconsejaron a Atila pactar la paz, aunque sus fuerzas habían llegado a las Termópilas y todas las regiones balcánicas habían sido asoladas. Setenta ciudades, entre grandes y pequeñas, habían sido totalmente destruidas. Sin embargo, si Roma hubiera socorrido a Bizancio, las fuerzas hunas habrían sufrido probablemente una grave y tal vez irreparable disminución de su agresividad, aunque no hubieran sido derrotadas verdaderamente. El curso de la historia hubiera sido muy distinto. Pero, como bien sabemos, no es posible hacer hipótesis de este tipo, por lo que, luego de señalar la absurda inmovilidad de Esio, comandante supremo de las fuerzas de occidente (debida, probablemente, a envidias y cuestiones políticas), podremos limitarnos a comprobar que las condiciones impuestas por Atila fueron menos duras de lo previsto, gracias a la consumada diplomacia de Anatolio, el mismo que había tratado la paz en el año 443.

Paz entre hunos y romanos de oriente: 449

Sin embargo, la diplomacia romana de oriente, que estaba en buena medida en manos de un eunuco, Crisafio, terminó por cometer graves e ingenuos errores sugeridos probablemente por la psicología tortuosa y el hábito de la intriga del mismo Crisafio. En sí mismo, todo el asunto de la tentativa de asesinato de Atila no es, históricamente, de gran importancia, pero desde el punto de vista de las respectivas psicologías —romana y huna— es muy significativo.

En la primavera del año 449, uno de los mayores lugartenientes de Atila, Edeco, fue a Constantinopla acompañado por Orestes, un romano de la Panonia convertido en uno de los jefes hunos que fue padre del último emperador romano de occidente, Rómulo Augústulo. Atila, por intermedio de sus mensajeros, se lamentaba de que las condiciones de paz estipuladas el año precedente no eran respetadas por los romanos, qiuenes tardaban en cumplir algunas cláusulas. Crisafio, al notar el asombro que demostraba Edeco por la riqueza de los palacios romanos, pensó que podría convencerlo, ofreciéndole con infinita cautela riqueza y honores, de que asesinara a Atila. Edeco aceptó, probablemente sin ninguna intención de cumplir el delito. Por lo tanto, para darle apariencia de normalidad al regreso de Edeco se preparó inmediatamente una embajada romana confiada a Maximino —funcionario hábil y decidido, ignorante del complot— que llevó consigo al historiador Prisco. Pero Edeco había contado todo a Orestes (también porque pensaba que Orestes mismo sospechaba de él), por lo que el ignaro Maximino se halló en una situación sumamente difícil, agravada por la dureza y la falta de tacto de Bigilas, el intérprete oficial romano.

Atila lo sabía todo, pero afectó no saber, atacando a los embajadores con palabras durísimas y con ofensas sólo porque —y aquí se revela su mentalidad quisquillosa y formalista— se había establecido que no se presentaría ningún embajador romano hasta tanto se restituyeran todos los prisioneros y fugitivos que se hallaban en el territorio romano.

Para salir de la situación se necesitó de toda la habilidad de Maximino y de Prisco, quienes finalmente lograron cumplir su misión, por otra parte inútil, con dignidad y firmeza a pesar de las amenazas, los engaños y las violencias. Debe notarse, sin embargo, que Atila, aun sabiendo exactamente todo acerca del complot, no puso en peligro la vida de éstos. Se limitó a tender una trampa a Bigilas, enviado nuevamente a Constantinopla con una excusa, a fin de que devolviera ingenuamente la suma de 50 libras de oro exigida por Edeco como pago a cuenta para la ejecución del plan. Cuando Bigilas volvió al campo huno, Maximino y los otros ya habían llegado a Constantinopla. Entonces Atila, frente a Bigilas ya solo, el único de la embajada que con Edeco sabía del complot desde el primer momento —porque había actuado como intérprete entre el lugarteniente huno y Crisafio— estalló en una pavorosa cólera, amenazando de muerte al hijo de Bigilas, que era aún un niño y que el padre estúpidamente había llevado consigo. Bigilas confesó todo, y Atila supo también por él lo que Edeco le había revelado. El intérprete fue puesto en cadenas a la espera de un rescate fijado en otras 50 libras de oro. El hijo fue enviado a Constantinopla junto con Orestes y otro embajador huno, Esla, portadores de una exigencia perentoria: entregar a Crisafio a los hunos para su justa punición. De aquí nueva embajada romana a Atila, confiada a Anatolio y a Nomo, envío de una suma por parte de Crisafio como regalo personal para que Atila olvidase el complot urdido por el eunuco, y final imprevisto. La habilidad de Anatolio y de Nomo, que gozaban de la estima de Atila, convenció a este último de que permaneciera firme en sus condiciones de paz del año 448, a jurar que no haría más guerra a los romanos del este por la cuestión de los prisioneros y los tránsfugas; todo ello a cambio del compromiso romano de no recibir otros fugitivos y aun de restituir una parte de los territorios ocupados por él.

En la práctica, el ingenuo complot se había transformado en una notable victoria diplomática romana. Diversas causas habían facilitado la solución de la espinosa cuestión, y entre las mismas, el choque de Crisafio con los Isáuricos y la consiguiente necesidad del terrible eunuco de salir a toda costa de la crisis que había provocado con su plan criminal.

Atila hacia occidente

Pero la razón fundamental de la flexibilidad de Atila residía en sus planes personales, que giraban en torno a un ataque al reino de los visigodos en Galia, cuyo centro principal era Tolosa. Obsérvese que muy probablemente Atila pensaba atacar a los visigodos como aliado de Valentiniano, emperador de occidente. La idea de un ataque al reino visigodo había sido sugerida al conductor huno por Genserico el vándalo, pero es cierto que Atila desde hacía tiempo pensaba en una acción sobre el occidente, por lo que la sugerencia de Genserico no tuvo ningún valor determinativo. Entonces, no podemos saber con certeza cuáles fueron las razones profundas de este deseo de expansión hacia el oeste. Si comparamos la mentalidad de Atila con la de los otros jefes nómades que lo precedieron en el tiempo, y también con la de sus mayores sucesores en el dominio de las estepas, aun con los gengiskhánidos, tal vez podremos formular una hipótesis bastante arriesgada, pero no carente de elementos de apoyo. Las posibilidades que se abrían al conductor huno eran dos. La primera era la de dirigir hacia el este la dirección de su expansión y de atacar a la Persia sasánida, irreducible adversaria de Roma y de Bizancio, pero también factor importantísimo del equilibrio euro-

asiático. Eliminado el imperio sasánida, habría sido absurda cualquier resistencia para el imperio romano, vulnerable tanto desde el norte como desde el sur, por lo que, automáticamente, el mismo habría caído bajo la tutela huna, aunque hubiera conservado una independencia aparente. Pero un plan de este tipo —que los diplomáticos romanos consideraban perfectamente posible y aun muy probable— presentaba una gran dificultad: al conquistar Persia, el imperio huno sería atraído fatalmente hacia el inestable equilibrio de las regiones de interferencia indo-iránicas, habría tenido como inevitables adversarios a otros pueblos nómades, y habría sido reabsorbido por el inmenso horizonte histórico-político de Asia central; de esa forma perdería de vista el área mediterránea y la gran civilización que florecía en torno a la misma. No sabemos en qué medida Atila estaba informado de la situación asiática; sin embargo, tenemos razones para creer que no le faltarían noticias precisas. Como consecuencia, es más que probable que él haya renunciado a esta probabilidad porque, a diferencia de los romanos, tomaba conciencia del torbellino irresistible en el que se hallaría implicado y por el que sería absorbido. Para él, dado su superioridad militar, se vislumbraba una especie de simbiosis con el mundo europeo y con el romano en particular, en la cual los hunos tenían la parte de los parásitos, pero también de los que fatalmente habrían sufrido una evolución económica rapidísima y, por lo tanto, capaz de elevar su tenor de vida a niveles inesperados, acelarando, aparte de la avidez momentánea, su proceso de civilización de manera tal que los igualaría a las estirpes europeas, que luego habrían vivido en la órbita de su dominio. La segunda posibilidad, que tal vez respondía también al instinto atávico de seguir el camino del sol hacia occidente hasta alcanzar los límites extremos de la Tierra, era la de eliminar a los pueblos germánicos de la Europa central y de la Galia, encerrando todo el área romana en una frontera huno-romana continua que permitiera a los hunos cualquier iniciativa militar, reduciendo así a límites verdaderamente sutiles las posibilidades de defensa de los adversarios. Queda la duda acerca de si Atila deseaba o no conquistar materialmente al mundo romano incorporándolo a su imperio, o si habría preferido dominarlo, tal vez en forma legalizada como luego intentará, pero dejándolo separado y en cierto sentido autónomo, con respecto al imperio huno. Es probable que, como les acaeciera a los Hsiung-nu en la región centro-asiática, él habría preferido la segunda solución. De todos modos, su elección fue la marcha hacia occidente. El reino de los visigodos de Tolosa constituía, en los primeros meses del 450, su único objetivo militar; pero aun proclamándose aliado de Valentiniano III, intentaba destruir los resultados de la política instaurada por Esio, quien —conociendo bien la mortífera potencia de los hunos por haber sido un rehén entre ellos, y luego amigo y comandante de las grandes secciones que le fueron concedidas para que pudiera restablecer su posición militar y política comprometida por la hostilidad de Bonifacio y de Gala Placidia— había instaurado una política filogermánica, acercando todo lo posible a romanos y visigodos. Atila se contraponía a Esio, y si hubiera podido convertirse realmente en el defensor del Imperio de Occidente contra todos los otros bárbaros, habría sido *legalmente* el árbitro de la potencia romana y de la huna. ¿Era éste su plan? La inesperada declaración de ser el guardián de la amistad romana hace pensar que sí. Pero la pregunta queda sin respuesta, aunque es más probable que la proyectada eliminación del reino de los visigodos y luego la interferencia en la sucesión del trono, por decirlo así, de los francos ripuarios, tuvieran en la práctica un valor doble: el de adquirir posiciones estratégicas esenciales para un desarrollo ulterior de la política dominadora de Atila que gravitaba hacia el Mediterráneo (que representaba indudablemente el objetivo principal) y, en segunda instancia, el de reingresar con todo el peso de su fuerza militar en el equilibrio interno del Imperio de Occidente —objetivo exquisitamente político—, lo que habría llevado a un proceso evolutivo legalizado. En este punto se agrega a la vicisitud histórica un hecho extraño, sumamente complejo, que precipita la situación en desarrollos inesperados. Deseo anticipar que para la psicología de los nómades —tal como aparece en las fuentes chinas que conciernen a los Hsiung-nu incluso hasta los lejanísimos y muy civilizados descendientes de Gengis Khan y de Tamerlan que dominaron a la India con el nombre de Moghul, existe un componente sentimental del amor que en muchos casos llega al absurdo. Pasiones violentísimas, amores desesperados, son muy frecuentes, por lo que la mujer —que puede ser y es casi siempre un juguete, un ser sin importancia—, puede transformarse en ciertos casos en algo sublime, en algo que vale más que la vida y las riquezas. No obstante la poligamia, para el nómade la mujer preferida era sin duda algo que ningún bien terreno podía igualar. Justamente por esto Mao-tun, el gran conductor Hsiung-nu, tremendo adversario de la China de los Han, exigía a sus compañeros que estuvieran prontos a sacrificar a la durísima disciplina que él instaurara, no solo la propia vida, sino la propia mujer y el propio caballo: los dos tesoros mayores de los jefes. En la cuestión de Honoria, hermana de Valentiniano III, es al menos probable que haya entrado un componente sentimental, todo lo absurdo e ilógico que se desee, pero no inconcebible si lo consideramos con la mentalidad de los nómades. Los factores políticos, naturalmente, exceden a este componente, el que sin embargo puede explicar algunas reacciones de Atila, que de otra manera serían inexplicable. Honoria, que se había dejado seducir por Eugenio, un superintendente de palacio de quien —tal vez— había quedado encinta, había sido obligada a desposarse, a su pesar, con un senador muy respetable, Ercolano, que seguramente no habría tenido jamás ambiciones políticas. Eugenio había sido asesinado; Honoria misma, que residía en Ravena, había sido privada de toda participación en el gobierno. La interpretación, generalmente admitida por todos los historiadores contemporáneos modernos, es que Honoria deseaba hacer de Eugenio el emperador de Occidente para reinar a su lado y, naturalmente, para hacer prevalecer su propio rango de princesa sobre el marido no noble. Es posible, sin embargo, que las miras políticas fueran también aquí una consecuencia de la pasión ciega que había arrojado a Honoria en los brazos de Eugenio. Lo cierto es que la princesa, descontenta con su matrimonio, privada de su amor, furiosa por la imposibilidad de vengarse, envió a Atila un eunuco, un cierto Jacinto, pidiendo al huno que viniera a liberarla de una unión conyugal insoportable. Ella reembolsaría los gastos de la expedición y, para acreditar a su mensajero o tal vez para prometerse a sí misma al conductor bárbaro, entregó a Jacinto el anillo imperial que Atila, al recibirlo, interpretó como símbolo de compromiso. A su regreso, Jacinto fue prendido por los guardias imperiales romanos, torturado atrozmente, y debió revelar por fuerza todos los detalles de su misión. Luego fue decapitado. El mundo romano se trastornó: Teodosio aconsejo en seguida a Valentiniano que le enviara Honoria a Atila y que olvidara el asunto. Valentiniano, en cambio, aceptó el pedido de la madre, Gala Placidia, quien habiéndose desposado con un bárbaro —Ataulfo— y habiendo sido muy feliz con él, creía entender la reacción de la hija y deseaba poderla ayudar. Honoria fue confiada a la madre, y nosotros ignoramos cuál fue la suerte ulterior de la princesa. Atila, inmediatamente después de la muerte de Teodosio, en vista de que el sucesor Marciano utilizaba una política más rígida con respecto a los hunos, y no deseaba pagar más el tributo anual, amenazando recurrir a las armas, envió dos embajadas. Una de ellas, dirigida a Ravena, intimaba al gobierno imperial a no molestar de ninguna manera a Honoria, que era su esposa y, como tal, debía llevarle en dote la mitad del Imperio de Occidente. La respuesta fue que Honoria era la esposa de otro hombre (Ercolano) y que no tenía ningún derecho a la sucesión imperial porque los romanos seguían la línea de descendencia masculina. La embajada dirigida a Constantinopla tuvo respuestas



aún más duras, y fue la demostración de la fuerza militar del Imperio de Oriente. La doble respuesta negativa ponía a Atila frente a una encrucijada: atacando al Imperio de Oriente con todas sus fuerzas, habría quebrado seguramente la resistencia romana, y recuperado inmediatamente las enormes sumas del tributo, que para entonces alcanzaba a 2.100 libras de oro anuales, una suma fantástica para aquellos tiempos. En cambio decidió proseguir su acción hacia occidente, y en esta elección es difícil distinguir cuánto se debe a razones políticas y estratégicas (por otra parte no determinantes) y cuánto se debe en cambio a aquel componente sentimental, por absurdo que parezca, que podía enmascararse, sobre el filo de la lógica, con la posibilidad de introducirse legalmente en el gobierno de los imperios romanos. Así, poco después del comienzo del año 451, los hunos marcharon hacia el oeste, suscitando un terror sin precedentes. Los hunos estaban solos, pero las fuerzas debían ser imponentes aun cuando Sidonio Apolinar, que habla de miles de millares, exagera seguramente y está lejos de la verdad. Por otra parte, los hunos eran, antes que nada, combatientes individuales formidables; su táctica destructiva, unida a su alucinante movilidad, transformaban la guerra que realizaban en un íncubo monstruoso que asociaba la guerrilla con la táctica de la tierra arrasada. El resultado no podía dejar de ser desastroso para los germánicos y los romanos embestidos por su avanzada y los efectos destructivos y desmoralizantes eran ciertamente superiores a los de una masa de choque mucho más numerosa que procediera con métodos convencionales. Atila, para decirlo con términos modernos, poseía sin duda el arma absoluta de la época, por lo menos hasta cuando enfrentaba a la suerte en una batalla campal. A los hunos se unieron poco después pequeños grupos de érulos, rugos, escirios, gépidos y turingios.

Los hunos en Galia

Poco antes de atravesar el Rin, Atila había enviado una segunda embajada a Ravena con la misión de comunicar a la corte lo que sigue: Honoria era su esposa, al punto que le había confiado a él su propio anillo (exhibido como prueba), por lo que las bodas se debían celebrar oficialmente a la brevedad. Además, Valentiniano debía ceder la mitad del reino (es decir, del Imperio de Occidente) del que, según Atila, él había defraudado a la hermana. A la nueva respuesta negativa siguió una intimación inequívoca, transmitida por Juan Malalas en el *Chronicon Paschale*. Considerada en forma aislada parecería carecer de sentido; en cambio, puesta en relación con las dos embajadas precedentes asume un significado siniestro, como para aterrorizar al destinatario. El embajador germano que la llevó a Valentiniano se expresó de esta manera: "Atila, mi amo y tu amo, te ordena por mi intermedio, que prepares para él tu palacio." En términos más claros, Atila se disponía a reemplazar completamente a Valentiniano, seguro por la promesa de Honoria. Por lo tanto, cualquier fuerza organizada que no hubiese cedido en seguida a su voluntad habría sido, *more hunnico*, eliminada totalmente.

El único que reaccionó a la amenaza fue Esio —tal vez en recuerdo de la antigua hostilidad de Gala Placidia, la guardiana de Honoria—, por cierto la mente más clara del momento. Con pocas tropas se dirigió hacia el reino de los visigodos de Tolosa, ya resignados a sufrir solos el choque de la ola nómade. Las ciudades de la Galia ardían una a una. Metz cayó el 7 de abril; París se había salvado porque era poco más que un pequeño villorrio; destrucciones y estragos sin fin acompañaban el avance de los hunos. Pero Esio, con la colaboración diplomática de Avito, había logrado convencer a Teodorico, rey de los visigodos, el hombre contra el cual había combatido por años y años, a asumir con él la defensa de toda la Galia, y al flanco de los novísimos aliados se alistaron los burgundios de la Saboya, los francos ripuarios, los sajones y aun los armoricanos, tenaces e irreductibles adversarios, tanto de la organización imperial romana como de los latifundistas o de Esio, el viejo enemigo de siempre; sin embargo, por alguna razón misteriosa, fueron a combatir al flanco de sus enemigos contra el terror del este. Muy probablemente, la decisión de los armoricanos rebeldes al imperio que según ellos sólo deseaba explotarlos, dependía del hecho de que los hunos se habían comportado mucho peor que los romanos en lo que respecta a las poblaciones germánicas sometidas por ellos.

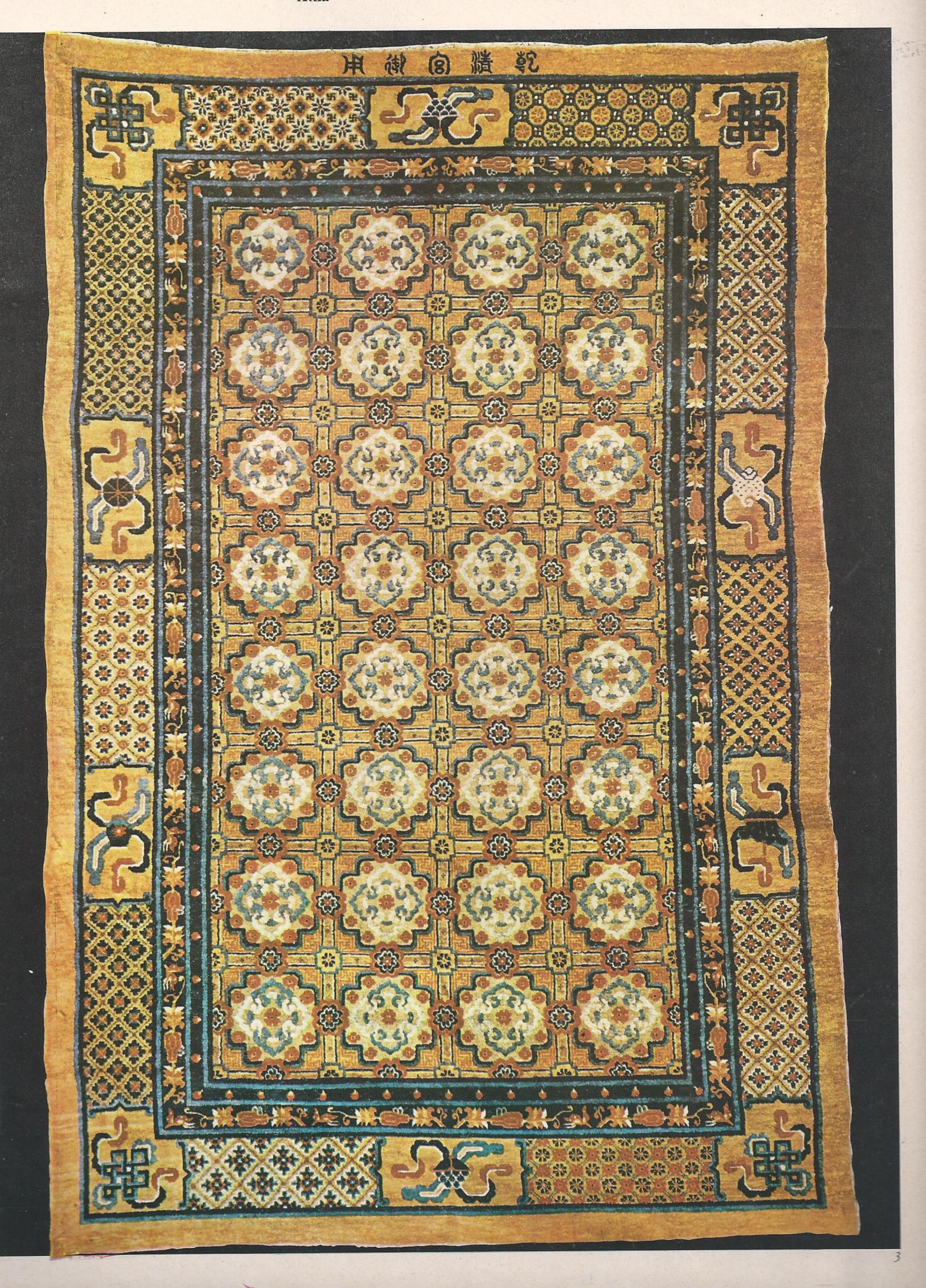
La batalla de Orleáns

Mientras se formaba esta coalisión heterogénea e imprevisible —pero de todos modos con base romana, o romanizada— un traidor alano había prometido entregar Orleáns a Atila, por lo que la marcha del conductor huno se dirigió hacia aquella ciudad. La noticia de la traición llegó a Esio y a Teodorico, quienes se pusieron inmediatamente en marcha para impedir la conquista de la ciudad. Los hunos lograron superar los muros, abatiendo porciones enormes, pero la resistencia de los ciudadanos en las calles y en el fuerte de la ciudad, y la obra de animación del obispo Aniano impidieron la caída total, por lo que las legiones de Esio y las secciones de los visigodos llegaron a tiempo (el 14 de junio) para obligar a Atila a una retirada, evidente consecuencia del revés sufrido.

Desde este momento su estrategia cambia: primero se retira según el clásico esquema de los combatientes nómades, pero luego —en parte voluntariamente, en parte forzado por la situación— busca la decisión de la guerra en un encuentro crucial que ocurrirá en los campos Cataláunicos, es decir, en Champagne, en un punto no precisado con seguridad, entre Troyes y Metz. El arma absoluta se le había quebrado en las manos como consecuencia del coraje y la decisión demostrados por los civiles de una ciudad. Por segunda vez los simples ciudadanos batían a los hunos demostrando que los núcleos urbanos de la Europa romana eran algo distintos y mucho más compactos de lo que eran las ciudades y los villorrios del resto del mundo: el *municipium* romano ya hacía presagiar la comuna libre.

Nosotros no sabemos ni la fecha exacta del gran encuentro —que debe haber ocurrido el 20 de junio de 451— ni el lugar exacto, que las fuentes llaman *Maurica*, o algo parecido, que se localiza tradicionalmente en Chalons-sur-Marne, alrededor de cinco millas de distancia de Troyes, hacia Metz. En compensación, estamos un poco mejor informados sobre las vicisitudes de la batalla, que se tornó inmediatamente legendaria como resulta de varios datos e interpretaciones, más o menos fantásticos, que alcanzarán su culminación en la tradición; recogida ésta por Damasio, menciona la destrucción total de los dos ejércitos, con la única supervivencia de los jefes y de los altísimos comandantes, seguida de una contienda tremenda, que duró tres noches, entre las sombras de los caídos que no se resignaban a cesar la lucha, prosiguiéndola más allá de la muerte. Desde el punto de vista histórico, las cosas se desarrollaron de manera poco clara; entre las dos y las tres horas de una tarde comprendida entre el 18 y el 25 de junio de 451, hunos y romanos intentaron ocupar una altura situada en medio del campo de batalla sin lograr, ni unos ni otros, conquistar la cima. Según parece, los hechiceros de Atila (evidentemente los samanos) habían predicho al conductor huno la victoria de sus adversarios, pero también la muerte del jefe adversario. Atila, que pensaba en el fin de Esio, muy temido por él, consideró que una batida de arresto compensada con la desaparición del único adversario verdaderamente temible era un precio razonable a pagar. Y, para reducir la magnitud de la derrota prevista, inició demasiado tarde las operaciones, imaginando que la noche disminuiría el ardor de los combatientes, eliminando el riesgo de una gran derrota. En realidad, sobre el campo no quedó Esio, sino Teodorico, el rey visigodo. Y la batalla no se atenuó con la puesta del sol, sino que prosiguió violentísima aun durante la noche. La muerte de Teodorico, cuyo cuerpo recién fue hallado al día siguiente, tendido sobre una masa enorme de cadáveres, exasperó a los visigodos, quienes guiados por Torrismundo, hijo del soberano caído, trataron por todos los medios de hacer pagar a los hunos esta dolorosísima pérdida.




乾清宮御用

Al día siguiente la situación se presentaba desesperada para los hunos, cercados en su campo, protegidos por los carros que utilizaban como barricadas móviles. En la práctica, no tenían vía de escape, y de hecho Torrismundo le propuso a Esio prolongar el asedio hasta hacerlos morir de hambre, ya que un ataque frontal costaría seguramente un alto precio —aunque la derrota huna era inevitable— dada la extrema habilidad de los arqueros hunos apostados detrás de los carros. Atila tenía perfecta conciencia de haber llegado al borde de lo irreparable, y tanto era así que hizo erigir una hoguera con sillas de montar, a la que subió junto con sus familiares, para morir entre las llamas de una cruel pira, si los romanos y los visigodos lograban superar la barrera de los carros que protegían el campo dentro del cual se había atrincherado. Los historiadores contemporáneos lo compararon a un león que, ya sin posibilidad de escapar, ve avanzar a sus cazadores con las picas bajas, prontos a matarlo.

Pero Esio, que recordaba su larga amistad con los hunos y que tenía buenas razones para temer a los visigodos, aliados demasiado recientes luego de decenios de luchas feroces, no deseó la destrucción de su ex amigo y de los hunos sobrevivientes. Por ello aconsejó a Torrismundo, hijo de Teodorico, volver pronto a Tolosa, haciéndole notar que su presencia en la capital del reino visigodo era más que necesaria si no deseaba ser excluido de la sucesión. También el rey de los francos retornó a su país, por consejo de Esio, a fin de que los hunos en retirada no devastaran sus tierras y, sobre todo, no apoyaran la candidatura al trono del hermano, que ya se había dirigido a Atila para suplantar al soberano legítimo. Aparte de estos dos movimientos no sabemos absolutamente nada de los sucesos que caracterizaron la retirada huna, como tampoco la vía seguida por Atila para retornar a sus bases de partida. De hecho, el único dato es que por primera vez un ejército huno había sido derrotado en una gran batalla en campo abierto, y que esta derrota le había sido infligida por fuerzas romano-germánicas. Por otra parte Marciano, el emperador de Oriente, no cedía a las exigencias hunas de exacción del tributo anual. Se lanzó una correría de pequeñas secciones con fines intimidatorios en Iliria. Atila se prometía aterrorizar vastas regiones con pocas fuerzas y obtener pronto conspicuos resultados, tanto que el concilio de los obispos que Marciano deseaba reunir en Nicea fue trasladado a Calcedonia por razones de seguridad; pero luego Marciano afrontó personalmente a las hordas hunas, reprimiéndolas.

Flagelo de Dios

Atila, por su cuenta, prefirió atacar por la fuerza a Italia, postergando para una época futura la destrucción del Imperio de Oriente.

En la primavera del año 452 partió desde Panonia, atravesó los Alpes, completamente indefensos porque Esio imaginaba que, de haber deseado abrir negociaciones, Atila —en recuerdo de la diplomática generosidad de Esio que, en el fondo, había salvado su vida y la misma potencia militar de los hunos— lo habría recibido más como amigo que como adversario. Sin embargo, si hubieran existido las defensas necesarias, la configuración orográfica del territorio alpino habría malogrado, sin duda, la posibilidad de choque de los hunos. Jordanes revela que el general romano, completamente sorprendido, no pudo hacer otra cosa que abandonar Iliria, llevándose al emperador. La primera ciudad que sufriera el ataque de las hordas hunas fue Aquilea. Luego de largo asedio, cuando Atila ya había pensado retirarse y abandonar la empresa, alentado por el presagio —según él favorable— de las cigüeñas que abandonaban el fuerte, logró conqiustarla en un último asalto desesperado.

Tal vez, en la caída de Aquilea influyeron las grandes máquinas de asedio construidas por las poblaciones aliadas a los hunos, tal vez influyó la falta de alimentos y el cansancio de la población; lo cierto es que la gran ciudad fue totalmente devastada luego de estragos inauditos. La destrucción fue tan radical que algunas décadas más tarde era casi imposible reconocer, en las pocas ruinas que quedaban, el lugar donde había surgido una de las mayores ciudades italianas. La desaparición definitiva, incluso después de las ruinas, ocurrió en el año 568, al paso de los longobardos. Toda la península estaba abierta a las hordas de los hunos. Cayó Padua, devastada e incendiada; sus ciudadanos fueron llevados como esclavos. Cayeron Vicenza, Verona, Brescia, Pérgamo, Pavia y Milán. Las dos últimas no fueron destruidas y sus ciudadanos, por alguna razón que aún se desconoce, no fueron reducidos a la esclavitud. Según parece, luego de la toma de Milán, Atila decidió marchar sobre Roma, pero sus secuaces y aliados le recordaron la suerte de Alarico, el rey visigodo, muerto luego de la conquista de la ciudad sagrada. No hay dudas de que la mentalidad de Atila, tan atenta a los presagios derivados de la conducta de los animales, tan ligada a los consejos de sus hechiceros (quienes tal vez ejercitaban su arte de predecir el futuro mediante el sistema de la escapulmancia, propia del mundo arcaico chino, interpretando las grietas que se formaban en los huesos calcinados de las víctimas ofrecidas en sacrificio), tuvo muy en cuenta esta advertencia, también porque Roma tenía la fama de ser un centro mágico muy poderoso, no tanto por la presencia del papa sino por las antiguas tradiciones paganas que le atribuían larga vida y prosperidad gracias a la divinidad secreta que la animaba. Tal vez se deba a este prestigio supersticioso (que Atila reconocía en la Urbe) que la embajada conducida por el papa León I, que se había movilizado desde Roma para tratar la paz, tuvo un éxito inesperado. La embajada misma, aconsejada y favorecida por Esio, quien finalmente comprendía qué enorme desastre habría sido la ocupación total de Italia por parte de Atila, llegó al campo huno en las márgenes del Mincio, y estaba formada, aparte del papa, por el prefecto Trigesio y por el cónsul Gennadio Avieno.

Retirada y muerte de Atila

El prestigio del papa tuvo un gran peso en las tratativas, que hallaron un Atila singularmente flexible, ya que prometió retirarse más allá del Danubio y mantener la paz; solo la idea fija de Honoria lo atormentaba aún. Y en realidad, amenazó con volver si no se le enviaba la princesa y la riquísima dote que le correspondía. Aparte de este impulso sentimental, otros elementos interfirieron en la decisión de Atila de retirarse de Italia y de volver a la llanura húngara. De hecho, la escasez y la peste atormentaban a la península entera, tornando muy peligrosa una permanencia ulterior del ejército huno en el suelo itálico; además, las pérdidas sufridas habían diezmado las fuerzas hunas, y Esio era aún un peligro. Por otra parte, Marciano había enviado una gran expedición al mando de otro general que también se llamaba Esio, más allá del Danubio. Las fuerzas hunas que habían permanecido en Panonia habían sido derrotadas, y las poblaciones germánicas comenzaban a tornarse intolerantes y peligrosas, ahora que la potencia militar de sus amos estaba en franca declinación.

Como se puede apreciar, son todas razones muy válidas y objetivas; de ellas Atila debía indudablemente tener idea, pero también otras razones —irracionales— tuvieron igual peso en su línea de conducta, si son exactas las hipotéticas reconstrucciones que podemos arriesgar con respecto a su compleja psicología. Sin embargo, parece seguro que aún Atila no tenía en cuenta, con claridad, la fuerte sacudida sufrida por su imperio. Sus proyectos para el año 453 eran, en efecto, igualmente grandiosos y agresivos. Marciano, el emperador de Oriente, debía ser castigado por no haber abonado el tributo fijado, y justamente por esto le fue enviado un mensaje sumamente duro, en el cual se amenazaba, entre otras cosas, con reducir a la esclavitud a todos los habitantes del imperio del este, sin contar que en el mensaje mismo Atila daba directamente por descontada la propia victoria. Pero tal vez para el conductor huno la capital de Oriente había asumido una nueva y especial importancia, ya que parece que Honoria había sido enviada secretamente a Constantinopla. Lo que no le impidió desposar, tal vez por razones polí-

1. Vista del mausoleo de Gala Placidia en Ravena (Alinari).

2. Vidrio dorado del siglo IV, insertado en una cruz de plata del siglo VII. Los personajes representados han sido identificados a menudo como Gala Placidia con sus hijos Valentiniano III y Honoria. Brescia, Mnseo Cívico (Alinari).

En la página 45:

1. Encuentro de León I y Atila. *Mármol de Alejandro Algardi. S. Pedro, Vaticano, Capilla de la Columna, altar con la tumba de S. León Magno* (Alinari).

En las páginas 46-47:

1, 2. Animales de bronce; ejemplos del arte de los nómades de las estepas. Londres, British Museum (Arborio Mella).

3. Tapiz mongol que reproduce los diseños tradicionales de los tapices de los grandes reyes hunos (Arborio Mella).

En las páginas siguientes:

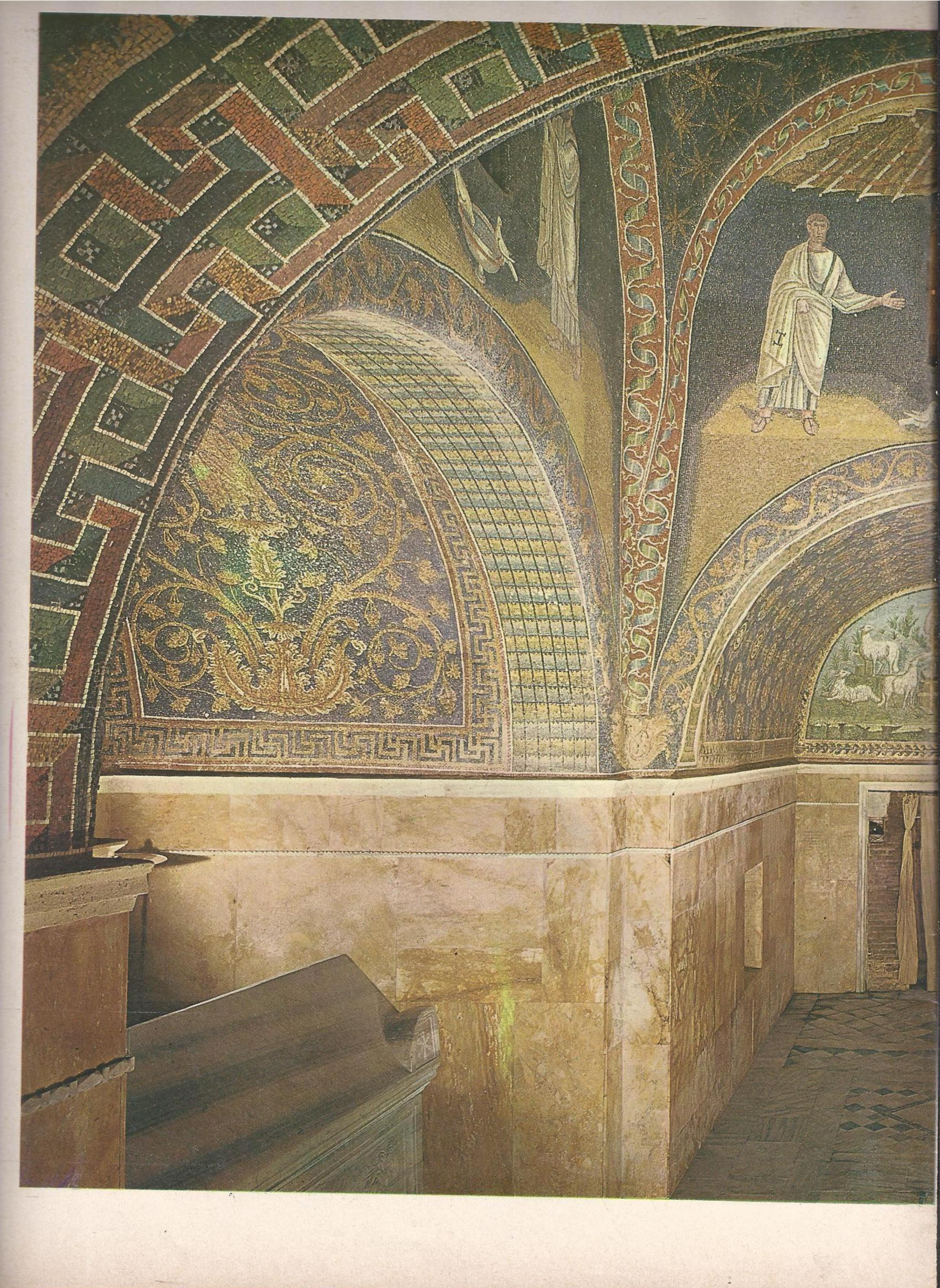
1. Vista del interior del mausoleo de Gala Placidia en Ravena (Scala).



1



2







1



2

ticas, a una princesa probablemente de origen germánico —a juzgar por el nombre, Ildica— que las tradiciones semilegendarias identificaron más tarde como una princesa de los francos sin que exista ningún testimonio verdaderamente válido que confirme su origen. De todos modos, sabemos que Ildica era, seguramente, una bellísima mujer. Las bodas, celebradas con gran pompa, fueron seguidas por un lujoso banquete que se prolongó largamente en la noche, acompañado de grandes libaciones. El día siguiente los sirvientes de Atila, alarmados por el prolongado silencio de su amo, luego de llamarlo muchas veces con grandes voces, irrumpieron en su tienda donde lo hallaron muerto, sofocado por un vómito de sangre que lo había sorprendido en el sueño. Ildica, con el rostro velado en señal de luto, lloraba a su lado. La pérdida de sangre que fue fatal para Atila había sido precedida por otras similares que, sin embargo, no habían tenido consecuencias porque habían ocurrido cuando estaba despierto. Además, sobre su cuerpo no había señales de heridas, por lo que todas las leyendas posteriores, concernientes a una hipotética venganza de Ildica, deseosa de castigar a Atila por la injusta muerte de sus propios hermanos, carecen de fundamento, de la misma forma que la otra versión —que nos transmitiera Marcelino *comes*—, que indica la venganza de una mujer celosa.

Los hunos, por lo tanto, quedaron estupefactos por la muerte de su jefe, y los escritores posteriores, hasta tiempos relativamente recientes, hablaron extensamente del fin de Atila, comentándolo en modos diversos. F. Altheim relacionaba la muerte de Atila con la de Mahoma, y comparaba el comportamiento de Ildica con el de Aisha, la "madre de los creyentes", tal vez imaginando que una muerte de ese tipo —sin dolor y en el centro del placer— pueda estar reservada a los seres privilegiados. Pero aparte de la indiscutible semejanza de los hechos, es evidente que cualquier valoración de este tipo no tiene ningún fundamento, salvo en el ánimo del que la formula. Es más importante, en cambio, la observación del mismo Altheim, que halla en las tradiciones arcaicas de los turcos motivos similares con respecto a la muerte de los famosos conductores (como Alp Är Tonga). Sin embargo, me parece difícil imaginar que un motivo narrativo, aún repetido, pueda hallarse en la base del relato sobre la muerte de Atila. Los testimonios históricos disponibles no autorizan a nadie a imaginar que sobre la muerte del conductor huno se haya insertado una narración legendaria y fantástica para exaltar a una figura como la de aquel héroe también victorioso, a su modo, sobre el dolor y la muerte. Los funerales, sumamente fastuosos, siguieron inmediatamente al deceso. El cuerpo de Atila fue encerrado en un triple ataúd de oro, hierro y plata,

para demostrar que con el hierro de las armas había logrado procurarle a su pueblo la riqueza; es, como se puede notar, el mismo tema celebrativo que se desarrolla en la oda transmitida por Jordanes, que cantaban, en la lengua original, a los caballeros puestos de guardia en torno al féretro de Atila, cubierto con preciosas sedas chinas, mientras el pueblo se entregaba a escenas de desesperación y los hombres se herían el rostro en señal de luto.
La costumbre de herirse las mejillas para que el difunto no fuera llorado con lágrimas de mujer sino con la sangre de los guerreros, es común a poblaciones diversas; por ejemplo, la hallamos en una pintura mural que adornaba una pared del castillo de Pendzhikent, que representaba probablemente una escena religiosa y que demuestra tal vez una influencia heftalita, pero tampoco es desconocida en las poblaciones germánicas.

El derrumbe del imperio huno

Todas estas ceremonias, esmeradamente transmitidas por las fuentes históricas y legendarias interesadas en el folklore huno son, en definitiva, un simple preludio al derrumbe del imperio de Atila. Los hijos, que se dividieron pueblos y territorios al azar o, si se prefiere, jugando a los dados, debían ser muy numerosos; como consecuencia, aunque teóricamente ellos estaban unidos por un vínculo de parentesco que habría debido ser sagrado, la centralización militar y administrativa del imperio desapareció de golpe. Además, pronto nacieron gravísimas discordias entre muchos de los hermanos que los hicieron enfrentarse entre sí. Según parece, entre los nuevos jefes tuvieron lugar varias grandes batallas, con graves pérdidas para ambas partes, sobre todo con la pérdida casi completa de la fuerza expansiva que Atila había recogido y destinado a los fines comunes. Era lógico que las poblaciones sometidas, continuamente saqueadas en sus cosechas mediante un sistema de exacción y de cortes que no conocemos pero que debía ser sumamente eficaz, comenzaron a rebelarse. Los primeros fueron los grupos ostrogodos, y a ellos siguieron todas las masas germánicas sometidas, guiadas por Ardarico, rey de los gépidos, el que había sido muy leal a Atila y uno de sus confidentes.
La historia de este período es sumamente nebulosa, aunque según parece, en el año 455, en una tremenda batalla que tuvo lugar en Panonia, los gépidos con sus aliados (erulos, rugos, turcilingos, suevos y escirios) aplastaron la potencia militar huna, matando al hijo mayor de Atila, Eyac, que había sido gobernador de los akatziros y que era aún, probablemente, un soberano del este, así como en cierto sentido el líder de la nueva confederación. Los restos de las tribus hunas, que habían sufrido fortísimas pérdidas, retornaron a sus primitivas sedes sobre el Mar Negro. Una expedición



punitiva contra los ostrogodos, culpables de haber iniciado la serie de revueltas, concluyó con una nueva derrota que no se transformó en desastre completo sólo porque el hijo menor de Atila, Ernac, el predilecto de aquél, pidió y obtuvo del emperador Marciano asilo en los territorios del Imperio de Oriente.

El imperio huno estaba derrotado, aún cuando durante algunas décadas grandes fuerzas hunas se instalaron en la Dacia o dieron grandes fastidios al Imperio de Oriente llegando a saquear y a destruir Sofía, reconquistada duramente por Anagasto. Secciones hunas, siempre feroces y turbulentas, prestaron servicio en los ejércitos imperiales bajo el emperador León, combatiendo en África y en Galia. Bien pronto fueron tristemente célebres no sólo por su inútil ferocidad, sino por los continuos amotinamientos. Pero sus jefes eran sobre todo "conductores", los "señores de la guerra", no políticos. Se debe a esta razón, y a la falta absoluta de prestigio universal en el mundo huno, ya irremediablemente fraccionado, que ninguno de estos jefes tuviera jamás la ocasión de renovar la unidad de las fuerzas hunas con vista a una causa común. Los jinetes de la estepa desaparecieron rápidamente del horizonte de la historia, como las últimas ráfagas de una tremenda tempestad. Una gran parte debe haber sido absorbida por la población búlgara, sufriendo un rápido proceso de adaptación al ámbito étnico, fuertemente mezclado y heterogéneo, que revela su naturaleza compuesta aún en el nombre. Los estudios recientes indican, en efecto, que el nombre de Bulgaria y de búlgaros tiene el valor de "mezclado", de "compuesto", en relación a antiguas raíces turcas que si se reunieron con la presencia de los hunos en el lugar, serían una prueba ulterior del componente turco infiltrado entre las hordas de los hunos atilanos. Pero el estudio de las últimas convulsiones de la potencia guerrera huna nos alejaría de nuestro tema. Nos bastará con haber revelado que la muerte de Atila marca la base indispensable para la destrucción, casi inmediata, de su imperio.

El pensamiento político de Atila: propuesta de interpretación

¿Quién es Atila, entonces? Es difícil dar una respuesta precisa, sobre todo porque el ambiente en el cual manifestó su personalidad de político y de estratega no es muy conocido. En líneas generales, Atila, como decíamos al principio, fue el intérprete de las exigencias que se manifestaron en el ámbito de una sociedad en rapidísima evolución. Pero esta evolución, como siempre ocurre con las masas nómades, no nace de un impulso interno, sino que es reflexiva; es decir que, en el caso de los hunos atilanos, la misma está determinada por el contacto de los nómades tanto con los "bárbaros" sedentarizados —es decir, con los pueblos germánicos— como con la civilización romano-bizantina. Teniendo en cuenta que la palabra "contacto", en este caso, puede significar también, y sobre todo, choque destructivo y explotación económica, no hay dudas de que la entera historia del pueblo huno, desde el momento en que entra en el horizonte político de los imperios romanos hasta que desaparece, absorbido por los pantanos de la zona búlgara, se caracteriza por la voluntad de establecer una relación, posiblemente de dominación, tanto con los pueblos germánicos como con los romanos. Nos lo prueban la interferencia continua en los asuntos internos de los dos imperios romanos, la empresa de Atila contra el Imperio de Occidente —iniciada como aliado y defensor del imperio romano y luego transformada en choque contra una coalición romano-germánica; sobre todo nos lo prueba la expedición punitiva de Ernac contra los ostrogodos y su pedido de asilo a Marciano.

Una vez entrados en la escena de la historia occidental, los hunos de Rúa y de Atila no se interesaron más en el inmenso mundo de las estepas que se agitaba a sus espaldas, y es justamente por esta razón que no realizaron jamás la proyectada empresa de agredir y destruir el imperio sasánida. Casi con certeza, la potencia militar de los hunos hubiera superado al adversario persa, y es indudable que la eliminación de este factor de equilibrio en el ámbito de la política mediterránea habría llevado fatalmente a la caída del Imperio de Occidente. Sin embargo, los hunos no eligieron esta vía, más fácil, solo porque estaban fascinados por un tablero político distinto, el romano-germánico. Por otra parte, la rápida transformación de la sociedad huna dependía substancialmente de dos factores: aquel derivado del flujo de riquezas como consecuencia de los tributos anuales que los romanos pagaban para mantener la paz, y el relacionado con el incremento de los comercios que, en las nuevas condiciones, se convertían en elemento esencial de la economía huna. La explotación sistemática de las poblaciones germánicas también producía importantes ventajas económicas a los hunos, por lo que la misma estructura de la sociedad de éstos debió modificarse radicalmente como consecuencia de esta transformación económica. En la época de Atila, los llamados *logades* de los hunos eran, al mismo tiempo, comandantes militares y aristocracia guerrera, pero también, a menudo, los gobernadores de los pueblos y de las regiones que habían caído en poder de los hunos. Aparte del hecho de que las áreas deshabitadas —aún cuando fértiles —no interesaban a los hunos, habituados a explotar a las poblaciones sometidas en las labores agrícolas, y por otra parte incapaces de renunciar a su economía nómade, no se puede olvidar que estos *logades* se transformaban en el eje de la administración del imperio huno; una administración enmarcada en la rapiña sistemática y organizada, pero no tal como para esterilizar las capacidades productivas de las zonas dominadas. En todo caso, cada uno de los *logades* (y entre éstos estaba también Orestes, el padre de Rómulo Augústulo) disponía de una fuerza militar considerable que le servía para explicar sus mansiones. Resulta claro que una organización tal, al perfeccionar la estructura embrional preexistente, se apoyaba en la absoluta seguridad, por parte de Atila, de la obediencia y la fidelidad no solo de los *logades* mismos, sino también —y sobre todo— de las fuerzas militares que dirigían. Lo que equivale a decir que, por razones organizativas y por otras relacionadas con el prestigio personal, Atila resultaba, dondequiera y para cualquiera, el amo indiscutido. El territorio que él dominaba no estaba, sin embargo, totalmente en las manos de los *logades;* una parte estaba confiada a los soberanos sometidos, los cuales, evidentemente, debían ser vigilados y controlados más estrechamente que los jefes hunos.

Una observación de E. A. Thompson resulta muy a propósito para este punto. El estudioso inglés revela que mientras entre los romanos eran sobre todo las clases pobres las que veían con buenos ojos la aparición de los hunos, entre los germánicos eran en particular los soberanos los que apoyaban la acción de Atila. Lo que se explica porque la posición del soberano, en el ámbito de la sociedad germánica, era tal que los tributos y las tasas impuestos por los hunos no podían golpearlo personalmente. Por otra parte, la alianza con Atila significaba seguridad y prestigio, mientras que para los romanos de las clases menos elevadas los hunos eran, al menos en apariencia los vengadores y los justicieros, en el marco de una sociedad injusta y opresiva, ya aquejada por gravísimos desequilibrios. La creciente riqueza de los jefes tendía, sin embargo, a reproducir en el ámbito de su imperio, una diferenciación de castas y de clases análoga a la que existía en el mundo de los pueblos sedentarios, lo que significaba una verdadera transformación de la sociedad nómade, originada en los valores combativos y en una miseria difundida y homogénea, tan profunda que es difícilmente imaginable. Sin embargo, a pesar de esta transformación y a despecho de la formación de una clase dirigente mixta, formada por los *logades* y los soberanos sometidos, Atila lograba aún tener en un puño al colosal imperio que él mismo había contribuido a engrandecer y a consolidar. Hacía falta, evidentemente, una personalidad de primerísimo plano para dominar una cantidad de pueblos como la que formaba el imperio de los hunos, y es innegable que Atila fue verdaderamente un personaje excepcional en el ámbito de toda la historia euroasiática.

Sin embargo, definir con exactitud los ca-



racteres salientes de esta extraña personalidad no es cosa fácil. Es famoso el trabajo esmerado e inteligente del estudioso turco Rèchid Saffet, *Contribution à une histoire sincère d'Attila* (*Contribución a una historia sincera de Atila*) (París, 1934), quien, si no más, tuvo el inmenso mérito de proponer, para el conductor de los hunos, un punto de vista evaluativo que prescindió de manera absoluta de las posiciones historiográficas negativas comunes a todos los escritores clásicos. Lo que si bien representaba —para aquellos tiempos— un progreso excepcional, no lograba aún alcanzar la objetividad histórica ni hacer justicia a algunos aspectos de la personalidad de Atila, a quien Saffet consideraba —probablemente en forma equivocada— de origen turco. Sin embargo, Saffet no es el único estudioso que se dejó ganar por el sentimiento nacional; razonamientos como el que sigue no son infrecuentes en él ámbito de las diversas historiagrafías. Hace años, un óptimo y preparadísimo historiador escribía: "Los húngaros son caballerescos (lo que es indudable), los hunos eran los antepasados de los húngaros (lo cual es falso), *ergo*, los hunos eran también caballerescos (lo cual es absurdo)." No hablemos de aquellos que quisieron ver en Atila al artífice de la potencia germánica y en particular de la austríaca, lo cual, evidentemente, si bien se basa en leyendas medievales, no tiene en cuenta la explotación ni la amarga hostilidad que por décadas opuso a los germánicos y a los hunos.

La verdad, como ocurre a menudo, es mucho más complicada y bastante menos definible de lo que se piensa. Atila, antes que todo, no fue un genio militar; sus victorias, obtenidas con frecuencia en condiciones de aplastante superioridad, estaban favorecidas indudablemente por la hostilidad de las retaguardias romanas, que veían en los hunos a los libertadores antes que a los adversarios. Y cuando se trató de enfrentar la suerte de la guerra en el campo abierto, es decir en los campos Cataláunicos, las fuerzas romano-germánicas no tuvieron dificultades excesivas para derrotarlo no obstante la ambigua conducta de los alanos y el riesgo de una traición de éstos. En la práctica, la fama de Atila como guerrero invencible no es completamente usurpada, pero es en gran parte el fruto de amplificaciones legendarias. En cuanto a la habilidad política, la misma es indudablemente notable en el interior de su imperio, pero en cuanto a la política exterior le faltó una visión amplia y precisa; sobre todo le faltó un propósito definido que fuera más allá de mantenerse en los confines de los imperios romanos de manera de obtener (mediante las tasas, los tributos y el comercio) el máximo de ventaja de esta vecindad y de la potencial amenaza que su fuerza militar, indudablemente notable, representaba para cualquier adversario.

1. *El imperio romano en el 454 aprox. y el imperio de los hunos en la época de Atila.*

En las páginas 52-53:

1. *Cabeza de una emperatriz. Mitad del siglo V. Milán, Museo del Castillo Sforzesco* (Brogi).

2. Missorium *del cónsul Ardaburio. Aspar (434). El cónsul está sentado en el trono y con la mano alzada da la señal para el comienzo de los juegos; el cetro que sostiene en la mano izquierda contiene los bustos de Teodosio II y de Valentiniano III. Florencia, Museo nacional del Bargello* (Alinari).

3. *Estatua del emperador Marciano (?) Barletta, frente a la iglesia del Santo Sepulcro* (Alinari).

Thompson, para citar una vez más su obra, convertida ya en un clásico, le recrimina no haber logrado aliarse con los burgundios, es decir con Eudosio y Tibato, quienes, con la ayuda de Atila, habrían podido expulsar a los romanos de la Galia en pocos meses. Aparte del hecho de que los bagaudos mismos, sin sus jefes, se batieron contra Atila en los Campos Cataláunicos, el mismo Thompson revela que Atila no podía representar ni un aliado ni un libertador para estos grupos que combatían la potencia de los latifundistas en la tierra gálica.

Decimos también, con Thompson, que Atila, dado el tipo de sociedad que representaba, era en definitiva un colosal propietario de tierras, en realidad el mayor de Europa. Ello no quita que el soberano huno habría podido convertirse en campeón de una justicia distinta y de un orden nuevo, atrayendo inevitablemente a su alrededor a todos los rebeldes y a todos los descontentos con el ordenamiento romano. El fenómeno de los tránsfugas y de las posiciones filohúnicas era tan claro que no podía escapar a la atención del conductor, quien por la misma estructura del imperio que había formado, estaba minuciosamente informado de todo lo que ocurría en el ámbito de sus dominios y en las tierras circundantes, así como, en líneas generales, de las posiciones y las psicologías de las poblaciones con las que, probablemente, debería chocar. La realidad es que Atila no eligió esta posibilidad. Aún favoreciendo y acelerando la evolución de su mundo, permanecía aferrado a la mentalidad de los nómades de la estepa, aunque tenía plena conciencia de una vida asociada, diversa y más rica, como lo era la de los dos imperios romanos, de los cuales él podía obtener riquezas y tributos a voluntad.

Por otra parte, el breve espacio de una sola vida humana no podía bastar para dar curso a la transformación definitiva de las masas humanas en un pueblo unido, ansioso por ascender rápidamente a los niveles máximos de civilización. Atila sólo puede ser comprendido si se tiene en cuenta las experiencias históricas que caracterizaron a los otros grandes soberanos nómades, y es en esta comparación donde surge la grandeza de su figura. En realidad es muy cierto que los herederos de Gengis Khan se convertirán en los exponentes máximos y los continuadores más fieles de la civilización que su tremendo antepasado había intentado destruir sólo porque para él era mucho más fácil gobernar la población sobreviviente de territorios convertidos en esteparios y desérticos que imponer su propia dominación a los pueblos sedentarios sometidos. Sin embargo, tanto Gengis Khan con sus descendientes, como los turcos Tabgac (los T'op'a de las fuentes chinas) de los que derivan las dinastías Wei, emplearon mucho tiempo antes de tomar conciencia del valor constructivo de las civilizaciones sedentarias circundantes.

Para Atila —como también para Rúa— el duelo entre el nómade y el sedentario tendía, en cambio, a transformarse inmediatamente en una forma de simbiosis, en una coexistencia monstruosa en la cual el nómade —impulsado por el instinto atávico del rapaz— se atribuía la parte del dominador y del explotador (o si se prefiere, del parásito), pero sólo para acelerar una evolución y una adaptación que, a la larga, no podían faltar. Atila tuvo, indudablemente, el sentido de la unidad de los hunos, la conciencia de la fuerza de una unión nacional, en un organismo mucho más vasto del que podía nacer de la fusión más o menos forzada de algunos "pueblos". Y es justamente en ello donde reside su grandeza. Al igual que Mao-tun, el *chanyu* de los Hsiung-nu, quien luego de décadas de luchas intentaba unir su imperio bárbaro con el chino de los Han ofreciéndose como marido a la emperatriz, comprendía perfectamente que una unión entre nómades y sedentarios elaborada en base a una colaboración en la cual la fuerza militar de los nómades tuviera una parte determinante aún al servicio de la productividad sedentaria, era la mejor fórmula para alcanzar una coexistencia ventajosa para unos y otros, en la espera de poder instaurar una simbiosis que preludiara la fusión definitiva.

De las bandas hunas "prestadas" por Rúa para que sirvieran como mercenarias a los imperios romanos, a las acciones políticas de Atila, que intenta de toda forma, aún mediante la aventura de Honoria, introducirse legalmente en el ámbito de organizativo del imperio, el pensamiento político de los hunos cumple, por mérito de Atila, pasos de gigante.

Es cierto que Atila no tuvo una visión política capaz de prescindir de su propia persona, extendiéndose, a lo sumo, a su primogénito Eyac, pero aún con esta limitación, por instinto más que por reflexión racional, su esfuerzo fue el de establecer una relación continua, una simbiosis ventajosa con el mundo romano.

Mommsen, que si no poseía suficiente información sobre el complejo mundo de las estepas tenía, en compensación, un conocimiento prodigioso del mundo romano y bizantino, se había dado cuenta perfectamente de que la grandeza de Atila residía en su profundo conocimiento de la potencialidad contenida en la sociedad huna. Pero tal vez al gran estudioso alemán se le escapó aquel deseo desesperado de los pobres pastores de las estepas de unirse, de cualquier forma, al mundo romano. Para ellos, como para todos los nómades que lograron crear estructuras estatales de notable extensión y de alguna duración, la fascinación de las civilizaciones sedentarias era un reclamo irresistible, estuvieran estas producidas por los pueblos mediterráneos o por los indo-iranios o los chinos. Y esta fascinación no tenía solamente su objetivo en una mayor riqueza, sino en algo más profundo y diverso: la fascinación de la técnica y de la cultura, que se manifestaban en los palacios magníficos y en las defensas poderosas más que en la agilidad de la escritura y de la lengua, en la diferente capacidad para entender el valor de la vida ya no más circunscripto a la tienda y al caballo, al arco y a la presa, a la guerra y a la caza. En este aspecto, a su modo, Atila representa la voluntad huna de introducirse en un mundo civilizado, aún cuando sin renunciar a los valores tradicionales —combativos y guerreros— que habían caracterizado su ascenso. Y es justamente por su posición de admirador entusiasta del mundo romano y, al mismo tiempo, de enemigo implacable, que fue celebrado en las leyendas germánicas como el campeón bárbaro contra la decadente civilización romana de la que, tal vez, los hunos habrían podido ser magníficos continuadores.

Bibliografía

En la obra de E. A. Thompson, *A history of Attila and the Huns*, Oxford University Press, Londres, se halla una investigación crítica sobre las fuentes tendientes a conferir una preminencia excesiva a la obra de Prisco.

Fuera de las fuentes, para las cuales también sugiero a C. D. Gordon, *The Age of Attila, Fifth-Century Byzantium and the Barbarians*, Ann Arbor, 1960, las obras principales consultadas para el ensayo precedente son las siguientes: G. Waitz, *Der Kampf der Burgunder und. Hunnen*, Forschungen zur deutschen Geschichte, I, 1862, pp. 3-10; T. Mommsen, Aetius, *Hermes*, XXXVI, 1901, pp. 516-547; J. B. Bury, *Justa Grata Honoria*, "Journal of Roman Studies", IX, 1919, pp. 1-13; A. Alföldi, *Les Champs catalauniques*, "Revue des études hongroises", VI, 1928, pp. 108-111; J. B. Bury, *The Invasion of Europe by the Barbarians*, Londres, 1928; Réchid Saffet, *Contribution à une histoire sincère d'Attila*, París, 1934; W. M. McGovern, *The Early Empires of Central Asia*, Chapel Hill, 1939; René Grousset, *L'empire des steppes. Attila, Gengis-Khan, Tamerlan*, París, 1939 (2ª ed. aumentada en 1952); O. J. Maenchen Helfen, *The Legend of the Origin of the Huns*, Byzantion, XVII, 1944-1945, pp. 244-251; O. J. Maenchen Helfen, *Huns und Hsiung-nu*, Byzantion, XVII, 1944-45; M. Bussagli, *Osservazioni sul problema degli Unni*, R. A. N. L., 1959, pp. 212-232; F. Altheim, *Attila et les Huns*, París, 1952; J. Werner, *Beitrage zur Archäologie des Attila-Reiches*, Bayerische Akademie der Wissenschaften Phil. hist. Klasse 38, Munich, 1956; L. Hambis, *Le problème des Huns*, "Revue Historique", ccXX, 2. 1958, pp. 249-270.

En castellano puede consultarse: Ballester, R., *Atila*, Barcelona-Mateu; Brion, M., *Atila*, México-Navarro.

ENCICLOPEDIA DEL PENSAMIENTO ESENCIAL

¿Conoce a los autores de los estudios preliminares?

He aquí los antecedentes de algunos:

Agoglia, Rodolfo M. - Decano de la Facultad de Humanidades de La Plata. Director del Departamento de Filosofía.

Azcoaga, Juan E. - Ex-Profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Bs. Aires.

Ara, Guillermo. - Profesor de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nac. de Bs. Aires.

Babini, José - Director del Instituto de Historia de las Ciencias. Presidente de la Unión Matemática. Ex Rector de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Cappelletti, Angel J. - Profesor en la Universidad de Caracas. Ex profesor en las Universidades Nacionales del Litoral y de la República O. del Uruguay.

Frondizi, Risieri - Miembro de la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía. Miembro de la Unión Internacional de Universidades. Profesor de Filosofía en la Universidad de California. Ex-Rector de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Ghiano, Juan Carlos - Profesor de Literatura Argentina y Literatura Iberoamericana en la Universidad Nacional de La Plata.

Nassif, Ricardo - Profesor de Filosofía de la Ed cación y Director del Departamento de Cienc de la Educación en la Universidad Nacional La Plata.

Papp, Desiderio - Profesor en la Universidad Santiago de Chile. Especialista en Historia de Ciencias.

Portnoy, Leopoldo - Ex-Profesor en la Facultad Ciencias Económicas de la Universidad Nacion de Buenos Aires.

Ravagnan, Luis M. - Ex-profesor de Psicología las Universidades Nacionales de Buenos Aires de La Plata.

Santaló, Luis A. - Profesor en la Facultad de Cie cias Exactas y Naturales de la Universidad N cional de Buenos Aires.

Schaffer, J. J. - Profesor en el Instituto de Te nología de Pittsburgh. Ex-profesor de Mecán General y Jefe de Departamento en la Universid de la República, Montevideo.

Tálice, Rodolfo V. - Profesor de Biología y Dir tor del Departamento de Biología General y perimental en la Universidad de la Repúbli Montevideo. Ex-Vicerrector de la misma Universid

Vasallo, Angel - Profesor en la Facultad de Fi sofía y Letras de la Universidad Nacional de Aires.

He aquí algunos de los muchísimos juicios formulados por la prensa de todo el país y del exterior:

"...El criterio de estas publicaciones es aproximar al gran público, a la cada vez mayor cantidad de lectores interesados en los temas de la cultura, el pensamiento de los autores de mayor importancia e influencia en la historia de nuestra civilización. Monografías compuestas con un estricto sentido de la economía didáctica y la justeza expositiva introducen a la lectura de los textos básicos de cada autor, generalmente explicados y ubicados en breves presentaciones". (EL LITORAL. Santa Fe)

"El Centro Editor de América Latina ha tenido la excelente idea de publicar esta "Enciclopedia del Pensamiento Esencial", donde personalidades tan variadas como Platón, Sartre, Locke, Decroly, Bolívar, Le Corbusier, Alberdi, Darío, etc., son presentadas en sendos volúmenes, desde un cuádruple punto de vista: 1. Biografía; 2. Ideas fundamentales; 3. Selección y traducción de textos claves; 4. Bibliografía selecta y actualizada sobre el tema en cuestión. En algunos volúmenes hay, además, un cuadro cronológico y comparativo. Mientras los puntos 1, 2 y 3 se ajustan a un programa de seria divulgación, y son de interés y de gran utilidad para el estudiante y para el lector no especializado, el 4 presta también un gran servicio a quien conoce ya el autor tratado pero no está al tanto de su más acertada y actualizada bibliografía". (LA GACETA. Tucumán)

"Como es habitual en la Enciclopedia del Pensamiento Esencial, se incluyen en la obra que comentamos una selección de textos, un cuadro cronológico y una sección bibliográfica. Tanto los textos como la bib grafía, además de ser útiles instrumentos de trab que permiten la rápida orientación del lector, den cian el erudito manejo de la bibliografía". (REVIS DE FILOSOFIA. Instituto de Filosofía de La Pla

"...En un sintético estudio, con claros fines divulgación, el doctor Portnoy señala las caracte ticas de la obra económica de Vilfredo Pareto, c influencia se hizo sentir a comienzos del siglo diversos campos de las disciplinas sociales. Come con precisión los aspectos positivos y negativos liberalismo del autor del otrora famoso "Curso economía política" y las circunstancias de época signaron su ideario". (LA RAZON. Buenos Aires)

"En volúmenes tamaño "pocket book", el Cen Editor de América Latina está empeñado en for lo que con justicia ha denominado la Enciclope del Pensamiento Esencial. Destacados escritores, pecialistas en historia de las ciencias, están act mente entregando sus trabajos, muchos de ellos a mente novedosos, al público lector corriente". MERCURIO. Chile)

TODOS estos juicios y muchísimos más que no producimos por razones de espacio, dicen que E ES UNA ENCICLOPEDIA IMPRESCINDIBLE para pú co en general interesado en un conocimiento amplio de una figura destacada en la historia hombre y de la naturaleza, como así para estudiar y profesores.

ADQUIERALA para Ud.
OBSEQUIELA en ocasión de las fiestas



ENVIE HOY MISMO
su giro o cheque de $ 6.800.- a
CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA
Rincón 87 - Capital Federal
(sin gastos de envío)

Exterior: 20 dólares.

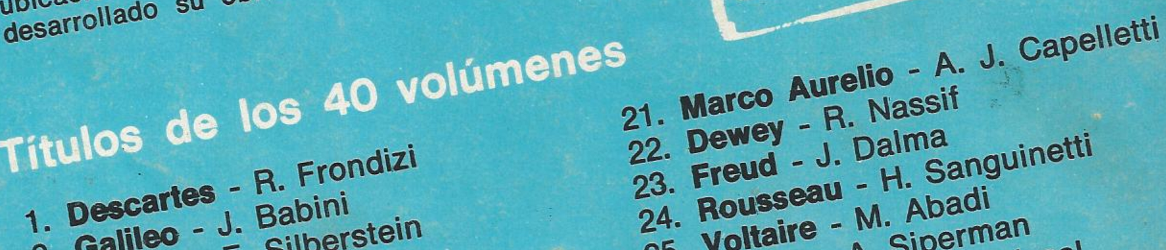
ENCICLOPEDIA DEL PENSAMIENTO ESENCIAL

Las obras de los grandes pensadores

Una colección fundamental compuesta por **40** tomos con un total de 4800 páginas por SOLO $ 6.800.-

Cada tomo contiene:

- un estudio general sobre la personalidad y el pensamiento del autor tratado, realizado por un estudioso del tema;
- una selección de fragmentos escogidos entre los más significativos de su obra;
- una bibliografía general de las obras del autor;
- una bibliografía actualizada con las obras más importantes publicadas sobre el autor;
- un cuadro cronológico que facilita su ubicación en el período en que ha desarrollado su obra.





Títulos de los 40 volúmenes

1. **Descartes** - R. Frondizi
2. **Galileo** - J. Babini
3. **Keynes** - E. Silberstein
4. **Husserl** - J. Kogan
5. **V. Hugo** - G. Ara
6. **Merleau Ponty** - L. M. Ravagnan
7. **Poincaré** - J. Banfi
8. **Bergson** - A. Vasallo
9. **G. Marcel** - M. A. Presas
10. **A. Bello** - J. C. Ghiano
11. **Montesquieu** - A. Ciria
12. **Dilthey** - C. Fernández
13. **R. Darío** - J. C. Ghiano
14. **V. Pareto** - L. Portnoy
15. **Sartre** - G. Garmendia
16. **Hartmann** - R. Maliandi
17. **Platón** - R. M. Agoglia
18. **Lavoisier** - L. Halperín Donghi
19. **C. Bernard** - D. Papp
20. **J. F. Turner** - H. Clementi
21. **Marco Aurelio** - A. J. Capelletti
22. **Dewey** - R. Nassif
23. **Freud** - J. Dalma
24. **Rousseau** - H. Sanguinetti
25. **Voltaire** - M. Abadi
26. **Ihering** - A. Siperman
27. **Montessori** - E. Mariscal
28. **Ramón y Cajal** - W. Buño
29. **Laplace** - L. A. Santaló
30. **Marx** - E. Silberstein
31. **Schopenhauer** - A. Waisman
32. **Abelardo** - A. J. Cappelletti
33. **Pavlov** - J. E. Azcoaga
34. **Copérnico** - J. A. Coffa
35. **W. James** - L. M. Ravagnan
36. **Spranger** - R. Nassif
37. **Sorel** - A. Ciria
38. **Arquímedes** - J. J. Schäffer
39. **Mendel** - R. V. Talice
40. **Savigny** - M. A. Laquis

Precio de venta				
	ARGENTINA: $ 150.-	CHILE:	GUATEMALA:	PARAGUAY:
	BOLIVIA:	REP. DOMINICANA:	HONDURAS:	PERU: S/. 18
	COLOMBIA: $ 7.-	ECUADOR:	MEXICO: $ 5	PUERTO RICO:
	COSTA RICA:	EL SALVADOR:	NICARAGUA:	URUGUAY: $ 90